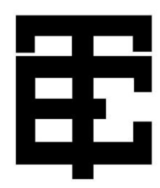


LOS ACTORES DEL COSMOS

PETER KAPRA

Y las astronaves se posaban suavemente en el anillo que rodeaba la metrópoli venusina a razón de cien por minuto. Desde allí, miles de cintas de asfalto móvil y rosado llevaban a los visitantes hacia la urbe del recreo, en el centro de la dilatada y maravillosa población.

Las gentes de aquel venturoso siglo se deleitaban con las más espectaculares atracciones; veían los dioramas más ingeniosos, y las danzas más exóticas del universo. En las múltiples y soleadas terrazas de aquel mundo nuevo y mágico, los únicos ruidos eran las risas de los seres, tanto humanos como homínidos, o las conversaciones en los idiomas más insólitos pronunciadas por las más distintas voces.



Peter Kapra

Los actores del cosmos

Bolsilibros - Espacio - El Mundo Futuro - 338

ePub r1.0

Lds 30.03.19

Título original: *Los actores del cosmos*
Peter Kapra, 1964
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2




Los ACTORES del
COSMOS

CAPÍTULO PRIMERO



n una ciudad como Argón, creada con la cristalina piedra del Valle de Sigra, en Venus, diseñada siguiendo las directrices arquitectónicas del siglo XXII y pensada para un lejano futuro, el viajero quedaba extasiado y sobrecogido al mismo tiempo.

—¿Ha visitado usted Argón? —se preguntaba en cualquier lugar del Sistema Solar.

—No; aún no he podido.

—¡Por Dios, no deje de ir!

El tono admirativo de las gentes era sublime, encomiástico.

Y las astronaves se posaban suavemente en el anillo que rodeaba la metrópoli venusina a razón de cien por minuto. Desde allí, miles de cintas de asfalto móvil y rosado llevaban a los visitantes hacia la urbe del recreo, en el centro de la dilatada y maravillosa población.

Las gentes de aquel venturoso siglo se deleitaban con las más espectaculares atracciones; veían los dioramas más ingeniosos, y las

danzas más exóticas del universo. En las múltiples y soleadas terrazas de aquel mundo nuevo y mágico, los únicos ruidos eran las risas de los seres, tanto humanos como homínidos, o las conversaciones en los idiomas más insólitos pronunciadas por las más distintas voces.

Las agencias de turismo habían esparcido por el cosmos sus «*slogans*» publicitarios: «Argón, magia y diversión, ensueño, placer». O bien aquel otro tan conocido: «No hay nada como Argón; no se muera sin verlo».

Argón, sin duda, era única.

Sin embargo, el universo está compuesto de su todo y su nada, de su infinito y su cero… ¡De su cara y su cruz!

Y Argón no podía ser una excepción. Creada para ser centro universal de entretenimiento, recreo y diversión para cien millones de seres que buscaban descanso, miles de otros seres trabajaban sin tregua ni descanso a fin de lograrlo.

Éste era el submundo de Argón. Los hombres que no reían, los que lloraban, encerrados en sus rosadas cárceles, devanándose el cerebro y estrujándose los sesos, para que el río de risas continuase infundiendo alegrar a los visitantes.

Esta pléyade de hombres y mujeres formaban los centros neurálgicos de los múltiples espectáculos de Argón. La componían, en primer lugar, los escritores que producían continuamente, intercambiando ideas con sus ayudantes; los actores, que ensayaban papeles y los estudiaban hasta en los más mínimos detalles, para representarlos luego ante el público; los cómicos, en su infatigable afán por hacer reír; las danzarinas, las «*vedettes*», los malabaristas, los prestidigitadores, los acróbatas, etc.

Y los había con éxito, como el productor Tiu Odaka, el hombre de más ingenio del Sistema Solar, posiblemente. El edificio de la «Odaka Teatra Co.» era uno de los más altos de Argón. Tenía quinientos pisos de altura y una superficie, en su base, de tres kilómetros cuadrados. Su arquitectura, obra del genial Lopessa, era un alarde de equilibrio, modernismo y buen gusto. Desde sus incontables terrazas —incluso las había verticales, por cuyas paredes las gentes caminaban como si fueran moscas— se podían admirar espectáculos inimaginables. Sus enormes pantallas visoras podían trasladarle a uno a cualquier paraje del universo; y,

constantemente, la televisión estaba funcionando para recreo de los visitantes.

Ciento cincuenta y tres bellísimas secretarias atendían a los visitantes de Tiu Odaka, y si el caso no podía ser solucionado por ellas, los interesados pasaban inmediatamente a un cuerpo superior de secretariado más selecto que dictaminaba si el asunto podía ser atendido por el propio Odaka en persona. Estos casos, desde luego, eran verdaderamente excepcionales.

Por otra parte, el actor Noel Tarman era un caso excepcional.

El inimitable Tarman trabajaba mucho y actuaba muy poco ante el público. Lo hacía sólo en funciones de gran gala, muy de tarde en tarde, dado el esmerado y meticuloso cuidado de sus ensayos. Y pese a su fama, el grandioso actor era también de los que lloraban dentro de la comedia humana de Argón.

Noel Tarman era capaz de imitar al personaje más complicado y retorcido. Aún ahora, diez años después de su última representación, puesto que el actor sólo representaba una vez sus obras, las gentes del Sistema Solar recordaban con deleite su estupenda interpretación del «Quasimodo», de Víctor Hugo (*Notre Dame de París*), representada en sesión única en el «Teatro Odaka», filmada y difundida a lejanos planetas, en donde Tarman actuó después de haberse sometido a una complicada operación de cirugía estética doble que le convertía en el personaje representado.

El «Hamlet» de Tarman había sido más sublime aún. En el desenlace de la obra, Leartes hiere de verdad a Hamlet (*Tarman*), y éste mata a Leartes y al rey. Incluso la reina Gertrude bebe el veneno… Todo esto fue tan real, que, detrás del escenario, un equipo de médicos hubo de actuar rápidamente al terminar la obra para salvar la vida de los actores.

Así actuaba Noel Tarman. Su realismo estaba fuera de duda. Su estudio del personaje a reencarnar era exhaustivo, y no le importaba estar un año ensayando y filmando sus escenas, estudiándolas luego y rectificando los gestos y matices, hasta aprenderlos de memoria, con tal de hacer una obra de arte genial.

También, Noel Tarman era un personaje casi mítico en Argón. Un hombre que podía ir directamente hasta el propio despacho de Tiu Odaka, o hasta la mesa del Hemiciclo de la Junta de Gobierno de Venus, en la que podía sentarse junto al presidente Grajano.

Noel Tarman, sin embargo, era de los que lloraban.

En su palacio de cristal rosado de la Avenida Astral, la arteria urbana más importante de Argón, el actor tenía un *sancta santórum*, aislado por completo del mundo exterior, en el que meditaba continuamente, desesperado, buscando «su personaje», el suyo ideal.

Una legión de dramaturgos y comediógrafos trabajaban desde hacía años, buscando el «papel idóneo» para Tarman, quien había escuchado en grabadoras cientos de obras, rechazándolas todas.

—¡Yo necesito algo genial! —se decía Tarman, paseando por su cerrado estudio—. Algo que supere a lo clásico, a lo contemporáneo y a lo moderno… ¡Algo que pase a la historia como la mayor actuación de Tarman, y que nadie pueda representarlo después! ¡La obra máxima de Noel Tarman, mi obra…!

El actor llevaba aún el rostro de Agamenón, una obra de arte de su mejor cirujano plástico, pues su última representación había sido la obra de Esquilo, la cual se estaba proyectando aún en todas las pantallas visoras de los planetas del Sistema. Hasta su nueva obra, Tarman no se haría operar el rostro, cambiar el cabello de raíz o modificar su anatomía.

El actor llevaba ya varios meses tratando de elegir su próxima interpretación artística. No se decidía por ninguna. Las clásicas ya habían sido representadas por otros actores, y, aunque él se consideraba capaz de superarlas, ahora quería algo nuevo, completamente revolucionario e inédito.

—Quiero una obra que pase a la posteridad, llena de realismo, vigor, interés humano —había dicho Tarman—; algo fuera de serie.

Los escritores que trabajaban para él creían haberlo probado todo. Los argumentos más insólitos fueron enviados al actor grabados en carretes fónicos. Mas ninguno valía, aunque en su mayor parte eran de gran calidad.

Paseando por su recóndito estudio, Noel Tarman se detuvo de súbito. Un zumbido había sonado en un rincón. Era el audiovisófono. Muy pocas personas en Argón podían efectuar aquella llamada; y, para ello, debía ser algo verdaderamente importante para el famoso artista.

—¡Quizás Charmot ha concebido una buena idea!

Tarman avanzó con paso elástico y rápido hacia el aparato y

pulsó el «contestador». Inmediatamente, la pantalla tridimensional se iluminó con vivos colores naturales y apareció el productor Tiu Odaka, detrás de su mesa escritorio.

—Noel —dijo Odaka, excitado—, tengo que hablar contigo.

Muy serio, Tarman respondió:

—¿Y qué haces?

—No —replicó el famoso empresario, con un gesto impaciente— quiero decir personalmente. Sin estos chismes indiscretos por medio. ¡Es algo importantísimo!

—¿Tienes una obra para mí? —preguntó Tarman, anhelante.

—¡La tengo! —exclamó el otro—. Pero no es la que tú crees… ¡Es algo mucho más importante! No puedo decirte nada más. Ven a verme en seguida a mi Apartamento «B».

—¿No apestará aquello a moho? —preguntó Tarman, sonriendo con su máscara de carne que reproducía el rostro de Agamenón, según el busto de Fidias descubierto en el lecho del mar Egeo.

—¡Déjate de bromas, Noel! Ven pronto… ¡Alguien quiere verte!

—Bien, voy para allá. Deseo conocer qué obra es ésa.

* * *

Hasta que el hombre del sillón no se quitó la máscara que cubría su rostro, Noel Tarman no reconoció al propio Grajano, presidente de la Junta de Gobierno de Venus. Entonces, sonriendo, el actor hizo una inclinación, y se dirigió al eminente personaje, para rozarle las yemas de los dedos, como era costumbre saludar en aquel tiempo.

Tiu Odaka, elegantemente vestido con un ajustado traje azul prusia, de tejido termógeno, estaba a un lado. La puerta se había cerrado en silencio detrás de ellos, empezando a funcionar los renovadores de aire.

—Excelencia… —empezó a decir Noel—. Estoy gratamente sorprendido.

—Dejémonos de protocolos, mi querido Noel. No vea usted en mí al presidente; vea al amigo necesitado… ¡Necesito su ayuda, Noel!

—Cuente con ella, con mi pobre saber y disponga de mil humildes conocimientos… Estoy por entero a su disposición.

—Gracias, mi buen amigo Noel. Pero lo que necesito de usted es algo tan delicado, tan… —Grajano, ataviado como un simple viajero de vacaciones en Argón, miró a Tiu Odaka, como pidiéndole ayuda—. ¡Muy delicado, Noel!

—Tanto —añadió el productor teatral—, que tu vida puede ir en ello, Noel.

Sin vacilar, Noel Tarman respondió, sonriendo.

—Si mi insignificante y deleznable vida ha de servir de algo a mi señor, la pongo por entero a su disposición. ¿Qué es un simple actor comparado con el gobernante más sabio y prudente del cosmos?

—Su arte es mucho más meritorio que mi insignificante modo de gobernar, amigo Noel Tarman… ¡Genial e incomparable Noel Tarman! —añadió Grajano, con sinceridad—: Pero dejémonos de cumplidos.

—Dígame qué debo hacer por usted e iré ciegamente a los mismísimos lagos de metal fundido de Mercurio, o atravesaré en un cohete medieval la ionosfera del sol.

Grajano bajó los ojos al suelo y musitó:

—Lo que voy a pedirle quizá sea peor que todo eso, amigo Noel.

—La política es demasiado complicada para mí, señor. Ignoro lo que ocurre en los distintos mundos del Sistema y desconozco las complicadas argucias que deben idear los gobernantes para evitar peligros a sus gobernados. No obstante, sé que regir los destinos de Venus no es fácil, y más cuando otros hombres, desde otros mundos, pretenden apoderarse de nuestras libertades.

—No se trata de hombres, mi querido Noel —respondió Grajano con cierta amargura—. Con los hombres sé tratar y entenderme. Hace cincuenta años que lo hago, sin fracasar nunca… ¡Es algo peor!

—¿Peor que los hombres, señor? ¿Es posible lo que dice, señor?

—Sí, amigo Noel… ¡Peores que los hombres son las máquinas!

—¿Máquinas?

—Llamémoslas así… O robots, o androides mecánicos, como quiera. ¿Ha oído hablar de Ghini?

—¿No es un mundo lenticular que se encuentra en los confines de la Galaxia?

—No es exactamente un mundo —replicó Grajano—. Digamos que son naves espaciales. Millones de ellas, tal vez, billones, forman

esos mundos lenticulares.

—¡Caramba!

—Al menos, eso descubrieron nuestros «astroscopios». Y lo peor es que esas naves vienen hacia nosotros. Me han llamado de la Tierra para una conferencia. Acudirán todos los presidentes de gobierno de los planetas del Sistema y discutiremos la oferta que nos han hecho las máquinas de Ghini. Sabemos también que, desde hace cierto tiempo, tanto yo como los demás presidentes estamos bajo control remoto, y tanto nuestros actos, como pensamientos o palabras, están siendo controlados desde Ghini.

Noel Tarman miró fijamente a Tiu Odaka, como si esperase comprender algo en la expresión de éste.

Grajano siguió diciendo:

—Soy un hombre prudente y discreto. En cuanto supe de qué se trataba me encerré en mi despacho, rodeado de interferencias magnéticas, para que mis pensamientos no pudieran ser escudriñados, y busqué una solución al acuciante problema. En política, mi querido amigo, no sólo hay que prever, sino anticipar en mucho los actos de nuestros adversarios.

»En cuanto hallé la solución, llamé a Tiu Odaka y le dije que hiciera de intermediario. Tengo confianza en él y le expuse mis problemas. Accedió inmediatamente, ofreciéndose en todo y por todo, lo cual le agradezco, asimismo como a usted, Noel…, ¡sublime Noel Tarman!

»Tiu Odaka, al conocer el asunto, y conociéndole a usted como le conoce, me convenció para celebrar esta entrevista. Eligió este sitio, en el centro mismo de su edificio, porque, rodeados de tantas miles de personas, nadie podrá controlar a distancia nuestra conversación.

—En efecto —admitió Noel Tarman—, éste es el lugar más reservado de Argón, sin duda alguna. Pero aún no veo lo que yo…

—En pocas palabras —intervino Tiu Odaka—. El señor presidente quiere que le sustituyas en una peligrosísima misión de embajada al Cosmos.

Noel Tarman era tan excelente comediante que el asombro que sentía no asomó a su rostro. Se quedó tan impasible como si no hubiera oído nada. Sin embargo, preguntó, al cabo de una breve pausa:

—¿Debo actuar en la vida real?

—Exactamente —repuso Tiu Odaka—. Representarás el papel de un gobernante.

—Pero desconozco el desenlace…

—Es preciso improvisar —añadió Grajano—. Habrá de hacer usted ante las máquinas de Ghini lo que habría hecho yo.

—¿Y qué habría hecho usted?

—No lo sé. En primer lugar, ir hasta ellos como mensajero de la Unión Planetaria Solar. Hablarles de nuestra fuerza: la inteligencia humana. Claro que esto, para esas máquinas, significará muy poco. También puedo hablarles de fuerza y poder. Pero lo que me interesaría mucho es saber quiénes son, quién ha creado esas máquinas y cuándo, y cuál es su propósito.

—Entiendo, señor —dijo Noel Tarman, pensativo—. ¿Y dónde está el peligro?

—En que esas máquinas, o lo que sean, puede que no deseen ninguna clase de embajada, y me aniquilen sin darme ocasión de despegar los labios. En la historia se han dado infinidad de casos semejantes. Eso depende de lo fuertes que se consideren con respecto a nosotros.

—Y, en tal caso, Noel Tarman desaparecerá sin pena ni gloria, ¿no es así? —inquirió el actor, sonriendo con tristeza.

—Cierto, pero no sin gloria. El sublime Noel Tarman habrá desaparecido en pro de la humanidad a la que tantas veces hizo estremecer con sus interpretaciones —repuso Grajano con voz emocionada—. Pero quedaré yo y sabremos replicar adecuadamente con todas nuestras fuerzas y energías. La muerte de un presidente de la Unión Planetaria del Sistema Solar desencadenará una reacción violenta contra las máquinas de Ghini.

—¿Y, si, por el contrario, mi representación del papel de Grajano tiene éxito, engaño a esos «ghinies», o como se llamen, y mi embajada evita un conflicto universal?

—En tal caso, la humanidad estará en deuda con usted.

—Comprendo. He de actuar sin público. Mi actuación será ante los mismos actores, que, en este caso, son máquinas sin sensibilidad y cuyos reflejos estarán pendientes de mi actuación, comprendiendo, sin duda, que finjo lo que no soy.

—No, amigo mío —atajó Tiu Odaka—. Todos sabemos cuál es tu

modo de actuar. Te identificas tan intensamente con tu personaje que tú mismo crees ser él. Sólo un actor de tu talla puede llevar a cabo esta comedia.

—Delante de hombres, sí —admitió Tarman, pensativo—. Pero dudo mucho que pueda tener éxito ante un robot telepático.

Hubo un ominoso silencio en la estancia. Ninguno de los tres hombres osaba mirar al rostro de sus compañeros. Todos habían comprendido perfectamente cuál era el quid de la cuestión que se estaba debatiendo en aquel lugar.

¿Sería capaz Noel Tarman de representar el papel de Grajano ante ojos, oídos y cerebros electrónicos? ¿No tendrían aquellos extraños seres alguna célula fotoeléctrica destinada a evitar el engaño de la ficción? Y si la tenían y comprendían la farsa, ¿qué ocurriría?

¿Moriría Noel Tarman?

—¿Tengo que responder inmediatamente? —preguntó de pronto el actor.

—Es preciso —respondió Grajano, esperanzado—. Debo salir cuanto antes hacia la Tierra, para asistir a la conferencia y exponer mi plan. Si acepta usted, debe operarse en seguida y empezar a identificarse conmigo. Para esto, naturalmente, disponemos de medios rápidos y científicos. La encefaloscopía le ayudará mucho. Calculo que tendrá algo más de un año, durante el viaje a Ghini, para afianzarse en su desdoblamiento.

—¿Y el control remoto de los «ghinies»?

—Hay que evitarlo en todo momento.

—¿No recelarán?

—Esperemos que consideren así nuestra capacidad de discreción. Un gobernante no puede estar expuesto a que le hurguen en la mente. Yo, por mi parte, permaneceré oculto aquí, a la espera de acontecimientos. Tiu Odaka pone su organización teatral a mi servicio. Nadie debe saber que desde la «Odaka Teatra Co.» se regirán los destinos de Venus, y, posiblemente, los destinos de la Unión Planetaria.

Hubo otro silencio, que fue roto por Grajano a los pocos segundos.

—¿Qué responde?

—¿Hay forma de filmar mi actuación?

—Será preciso hacerlo. Emplearemos la telefotometría. Llevará usted un diminuto emisor-receptor, y así yo sabré en todo momento lo que le sucede. Lo veré y le oiré.

Tarman sonrió:

—En tal caso, haré la mejor interpretación de mi vida. Si muero, deseo que algún día sea proyectada en todo el universo… ¡Noel Tarman, en el papel del presidente Grajano! ¡Ah, una representación magistral, sobre escenarios naturales y sin público!

—¿Acepta, pues? —indagó Grajano, excitado.

—¿Qué actor podría resistirse a esa tentación, señor? Después de todo, las máquinas son obra humana. No emocionaré a los engendros mecánicos, pero pulsaré en ellos fibras que su constructor no sospechó siquiera… Y lo que más me entusiasma es que he encontrado el gran papel que buscaba.

—Eso mismo pensé yo, Noel —dijo Tiu Odaka—. Tu más genial interpretación… Y no temas, la filmaremos a distancia. Y si nos dan ocasión, será difundida por el Cosmos.

—¡Y yo que lo vea! —terminó Tarman, sonriendo con su rostro de grave Agamenón.

CAPÍTULO II



ela Movli era algo más que una mujer hermosa; era, lisa y llanamente, un genio e hija de padres geniales. El doctor Movli, en el siglo XXI, había descubierto un medio para regenerar los cromosomas, genes y hormonas de las especies animales, lo que, prácticamente, venía a significar la longevidad de los seres.

La madre de Cela, por otra parte, fue una mujer dedicada en cuerpo y alma a la Cibernética, y creó máquinas perfectísimas, cerebros mecánicos y electrónicos mucho más pequeños que los humanos y de una capacidad intelectual mucho más perfecta. Hizo, también, un computador electrónico que podía calcular toda clase de operaciones matemáticas, desde una simple suma a un complicado problema de integrales coordinados, calculando los cuales, varias generaciones de hombres de ciencia habrían gastado sus vidas.

Sin embargo, un día, en el año 2157, el doctor Movli cometió un

error. Celebrando el nacimiento de su hija Cela, aquel hombre honrado y respetado tomó un poco de licor más de lo normal, quizá porque no estaba acostumbrado. Y por este motivo, al ser requerido para atender a unos heridos, a causa de un siniestro de «helicodisco», muy cerca de su morada, no estuvo a la altura de su deber. El alcohol ingerido le embotó el cerebro y sus manos se movieron torpemente.

Días más tarde, la policía arrestaba al doctor Movli, acusándole de homicidio. Esto fue un «*shock*» para su esposa. Él procuró calmarla, diciéndole que todo se arreglaría.

No se arregló. Los parientes de la víctima culparon al doctor Movli, como si él hubiera sido responsable del accidente. Y como eran personas emparentadas con altos funcionarios del foro, la ley fue severa, injustamente severa, con el doctor Movli.

Se le condenó a dos años en las minas de Mercurio.

La señora Movli creyó enloquecer, abrazando el pequeño cuerpecito de su hija recién nacida. Pero pronto reaccionó y fue en busca de ayuda al laboratorio cibernético donde trabajaba. Allí, Lucas Devries, el ingeniero que había aspirado a casarse con la señora Movli, de la cual estaba aún perdidamente enamorado, se brindó en todo y por todo.

Pronto reunieron a un reducido grupo de hombres y mujeres que, por fidelidad, lealtad y admiración, se presentaron a desafiar a la ley y rescatar al doctor Movli. En efecto, no vacilaron en embarcarse en una espacionave, dirigida por Devries, y surcaron el cosmos hacia Mercurio. Allí, un golpe de audacia de la partida, libertó al doctor.

Inmediatamente, los confabulados se dirigieron hacia los confines de la galaxia, donde pensaban hacer un mundo nuevo.

Así fue como surgió Ghini, que era, precisamente, el nombre del pozo de atenio del cual había sido rescatado el doctor Movli. Y los diez seguidores de la señora Movli recibieron como recompensa por su ayuda un premio en longevidad que representó para ellos el vivir diez veces más que un ser normal.

La humanidad, por otra parte, no se benefició del descubrimiento del doctor Movli, continuando la vida media del hombre entre los noventa y cien años, cuando, si hubieran hecho justicia a Movli, las gentes del Sistema Solar habrían podido vivir

mil años.

Aquel grupo de desterrados voluntarios llegó a un planeta virgen. En torno a la cosmonave en la que habían viajado durante seis años, empezaron a construir un pueblo. Todos eran técnicos, excepto la pequeña Cela, a la cual no le faltaron profesores.

También nacieron otros niños, al casarse entre sí los emigrantes, y, a los pocos años, el pueblo hervía de gentes, humanos y robots, que trabajaban para mejorar sus condiciones de vida. Se hicieron descubrimientos importantes: en el suelo de aquel mundo paradisíaco se encontraron minerales de cobre, hierro, uranio, tungsteno, petróleo, etc. De este modo surgieron en Ghini los hornos y las fundiciones. Los robots creados por la señora Movli eran de una perfección jamás soñada en la Tierra, de la cual habían emigrado hacía ya doce años.

Cela Movli también empezó, para entonces, a tomar parte activa en la vida de la comunidad y su talento natural pronto fue captado por sus padres y amigos. Como la querían como si fuera hija propia, todos la ensenaron lo que sabían, y ella se encargó de aumentar aquellos conocimientos con prácticas en el laboratorio.

Un día, cuando Cela tenía veinte años, su padre la llevó a pasear por los bosques desprovistos de vida animal —es preciso decir que, en Ghini, los terrestres se alimentaban sintéticamente, de los productos naturales del suelo, del cual extraían las vitaminas básicas para el buen funcionamiento de su organismo—, y le habló de algo muy importante:

—Cela, querida, tengo un problema de conciencia.

—Expónmelo, padre mío. Yo descargaré tu pesadumbre.

—Se trata de mi trabajo. Hace tiempo que hallé el modo de regenerar eternamente el organismo humano. No de un modo parcial, como todos sabéis, sino total.

—¡Oh, padre; eso es maravilloso! ¿No moriremos nunca?

—Exactamente. Pero… No es tan maravilloso como tú supones. He pensado mucho en ello y he llegado a la conclusión de que el hombre no está hecho para la vida eterna.

—¿Por qué no?

—Porque la reproducción humana lo impide. Unos deben morir para que vivan otros, sencillamente.

—No estoy de acuerdo, padre. Al ser humano hay que darle

mayores posibilidades. Hacerle que alcance sus sueños de conquistar el universo entero. Cuando una persona ha llegado a la plenitud de su vida, aún tiene muchas cosas que hacer.

—No, hijita; eso es una utopía. El hombre no está solo en el universo. Tiene descendientes que heredan y continúan lo que él empezó, ampliándolo, perfeccionándolo. Si todo lo hago yo, por ejemplo, ¿qué dejo para ti?

—Yo puedo dedicarme a otra actividad, padre. Hemos de aclarar y solucionar todos los misterios y problemas que nos presenta la naturaleza.

—Esos problemas y misterios, como tú dices —respondió el doctor Movli—, no son tantos como tú supones, hija. Los veinte seres que estamos en Ghini, en menos de diez mil años, los habremos descubierto todos… ¡No digas nada, por favor! Lo he calculado muy bien. ¿Crees que hay doscientos mil misterios por solucionar, después de lo que sabemos ya?

—Me parece que te equivocas, padre. La humanidad entera, suponiendo que todos los planetas del universo estuvieran habitados, jamás podría solucionar el número infinito de preguntas y problemas que se irán presentando con el correr de los siglos.

El doctor Movli sacudió la cabeza.

—¿Te has parado a pensar en lo que sucedería si nadie muriera, y los nacimientos continuaran el ritmo creciente que una vida longeva lleva consigo? En Ghini, al paso que vamos, pronto seremos muchos miles.

—Eso es lo que pretendemos, ¿no?

—Y luego seríamos millones… ¡Y después tendríamos que emigrar!

Cela se detuvo y miró a su padre. La comprensión apareció en su hermoso semblante.

—¿Qué temes, padre?

—Temo al hombre, al ser humano… Echando un vistazo a la historia de nuestro mundo de origen, y estudiando el origen de otros mundos, como Marte, Venus, Epsilón de Centauro, Vega, Sirio, etc., hemos visto las hecatombes provocadas por la ambición de los seres. Si éstos se multiplican como los peces, ¿qué ocurrirá al no morir nadie?

Al cabo de unos minutos de reflexionar, Cela contestó:

—Sí, padre. Sería desastroso. Pero se me ocurre otra cosa. ¿Por qué no eliminar a los débiles? ¿Por qué no seleccionar la raza humana, dejando menos seres, pero más perfectos?

—Eso que dices costó mucha sangre en el pasado, hija mía. Desde Esparta, pasando por Egipto, China, Alemania, las exterminaciones raciales hicieron más daño que bien. En Marte sucedió otro tanto. Quedaron muy pocos privilegiados, y éstos, que se consideraban los mejores, fueron muriendo también, porque eran, precisamente, los peores. Fue preciso buscar en las selvas a los desterrados y mezclar sus sangres de nuevo para atajar el exterminio total… No, no, Cela. Mi idea es otra. El ser humano debe seguir siendo mortal. Podemos prolongar su vida a quinientos, mil o más años, pero debe morir.

—Entonces, ¿quieres destruir tu descubrimiento?

—Eso sería imposible, hijita. Tarde o temprano, otro hombre de ciencia encontraría lo que yo he encontrado. He pensado en otra cosa.

—¿Cuál? —inquirió Cela, presintiendo algo terrible.

—Quiero que alguien, sólo un ser humano, sea eterno y corpóreo, para que custodie mi secreto, como Dios custodia el secreto del más allá. Él es dueño y señor de las almas, y… ¡tú podías ser la dueña de los cuerpos!

—¿Yo? ¿Por qué yo?

—Porque eres lo que más quiero en la vida, Cela.

* * *

La vida en Ghini continuó. Cela Movli aceptó el deseo de su padre y estudió el modo de regenerar las células humanas. Pronto, la muchacha tuvo los conocimientos suficientes para conservar eternamente la vida y la juventud, base principal de su regeneración genéticocelular.

Pero el desastre no tardó en ocurrir. Lucas Devries fue un día a explorar uno de los satélites de Ghini y volvió contagiado de una enfermedad desconocida. El doctor Movli no pudo salvarle: murió entre horribles dolores, cayéndosele la carne del cuerpo a girones, descompuesto en vida.

Luego, la epidemia empezó a extenderse. Movli comprendió

desde el primer momento lo que iba a ocurrir, y situó a Cela en un compartimento hermético, con alimentos y aire para muchos días, ordenándole que constantemente regenerase sus células. No había suficiente medicamento para todos y era preciso que alguien se salvara.

Consciente de su deber, Cela accedió a sacrificarse, para guardar el descubrimiento de su padre.

Desde su cámara, impotente, estuvo viendo, a través de un circuito de televisión, cómo los habitantes de Ghini, incluso su propio padre, morían de un modo horrendo y espantoso. Nadie pudo ayudar a nadie.

Los cuerpos de los emigrados terrícolas, y los de sus hijos nacidos en Ghini, murieron descompuestos, como si la enfermedad traída por Devries hubiera desintegrado la cohesión existente entre las células del organismo.

Sin poder resistir aquella visión. Cela desconectó la televisión y se inyectó una droga para dormir varias semanas. Transcurrido este tiempo, al despertar, envió fuera de la cámara hermética a uno de los cobayos y estudió sus reacciones. El animalito no tardó en morir.

Cela volvió a inyectarse regenerador celular y otra dosis de somnífero. Un mes más tarde, desolada, amargada y angustiada, volvió a recobrarse y a repetir la misma operación con otro cobayo. Esta vez, el animalito tardó más en morir, desintegrándose sólo parcialmente.

Al fin, tres meses más tarde, cuando de sus semejantes, padres y amigos, ya no quedaba ni vestigios, Cela Movli repitió la prueba con su último cobayo y el animal vivió. Estudiado a fondo, pero a distancia, Cela llegó a la conclusión que la epidemia había desaparecida.

Entonces decidió salir de su encierro y marcharse cuanto más lejos mejor. También concibió otra idea, dado que tenía toda la eternidad por delante, para evitar que las enfermedades de origen terrestre pudieran afectarla. Decidió crear un mundo artificial, esterilizado, higiénico, en el que poder vivir sin peligro. Y como disponía de varios centenares de robots para ayudaría, emprendió inmediatamente la ingente labor.

—No me importa el tiempo que pueda tardar en hacer mi nuevo

Ghini. Construiré máquinas que se fabriquen a sí mismas… Máquinas para todos los usos, como me enseñó mi madre. Y las máquinas me ayudarán a pensar, a prever el peligro, a intuir, a evitar, a crear y a vivir.

A una orden suya, los robots inmóviles cobraron vida y se dirigieron hacia la vieja espacionave. Ella también se dirigió a ella, llevándose todo el material científico de sus compañeros muertos, el cual estaba grabado en una finísima hebra de uranio. Esterilizó a todos los robots, metiéndolos en una cámara especial de la astronave, y luego emprendió el vuelo hacia el hiperespacio.

La cosmonave se convirtió en taller-laboratorio. Pronto fue preciso ampliarla, e ir a Ghini a buscar materiales, de lo cual se encargaron los robots, los cuales pilotaban sus propios navíos.

Mientras el nuevo Ghini crecía, con el transcurso de los años, Cela iba perfeccionando su ciencia. Construyó un *radarscopio* capaz de registrar todo el universo. Envió señales a muchos mundos ignotos, clasificando en un gran archivo electrónico los que estaban habitados y los que no. Incluso con un prisma electrolumínico, analizó los minerales de los mundos de la Galaxia, descubriendo muchos nuevos y sus aplicaciones.

En realidad, Cela ni se daba cuenta de que el tiempo iba transcurriendo. Periódicamente, se sometía al tratamiento prescrito por su padre, conservándose siempre joven de cuerpo y mente. Trabajaba casi veinte horas diarias. No dormía, aunque conocía el secreto del sueño reparador, el cual no necesitaba. Pero solía descansar, por atavismo, cuatro horas, que dedicaba a comer y a pasearse.

Sin darse cuenta, Cela Movli se estaba convirtiendo también en algo parecido a sus máquinas. Casi todo lo liada de modo mecánico. Y para combatir esta tendencia, conectaba con las distintas emisoras de TV. de los mundos habitados y civilizados y aprendía las costumbres y lenguas de aquellos seres semejantes a ella, pero de los cuales estaba separada por miles de años-luz, y entre los que se alzaba un muro tan alto como el que separa la vida y la muerte.

Un día, cuando el mundo creado por Cela Movli era tan enorme y dilatado como una constelación que cambiaba constantemente,

haciéndose achatado y largo, como una gran lenteja vista de perfil, otros mundos habitados por miles de seres se fijaron en Ghini.

Fue la propia Cela la que difundió el nombre por el Cosmos. Lo hizo en más de un millón de idiomas.

—¡Esto es Ghini, el mundo de las máquinas eternas! —decía.

Y el tono metálico con que su voz llegó a los confines del Cosmos empezó a preocupar a muchos políticos y estadistas.

«¿Qué era Ghini? —Fue la pregunta universal—. ¿Una amenaza extragaláctica?».

Siguieron pasando los años y el mundo creado por Cela Movli se hizo ingente. Fue preciso desglosarlo en otros mundos lenticulares. La técnica de Cela, con la ayuda de sus perfectas máquinas, se hizo perfecta también. Absorbieron mundos enteros; planetas tan grandes como Júpiter o Saturno entregaron sus minerales a las fábricas de Ghini y los millones de máquinas de todas formas y tamaños que allí laboraban constantemente los transformaban en láminas, en cables, en pilas atómicas, en aparatos de calcular, computadores para toda clase de objetivos y misiones industriales, científicas y técnicas.

Cela, por su parte, cada vez dedicaba más tiempo al estudio distante de otros seres, y se fijó, particularmente, en la Tierra, en la cual había nacido hacía muchos años.

Cela había cumplido ciento ochenta años y parecía tener sólo veinte. Conociendo como conocía ahora la vanidad humana, esto le halagaba. En el fondo, y después de todo, era mujer. Y aunque el tiempo no corriera para ella, su corazón latía. Dentro llevaba algo que su longevidad ni su técnica podía desarraigar. Anhelaba amor.

En las enormes pantallas televisoras de su ingente y fabuloso mundo, había visto muchos hombres hablando de sus vidas, de sus trabajos y actos… ¡Incluso había visto actuar a Noel Tarman!

La primera vez que lo vio, en la representación de «La Divina Comedia», haciendo el papel de Dante, con un decorado del impresionista americano Hicks, Cela quedó conmovida, extasiada, y no pudo por menos que exclamar:

—¡Ese hombre es genial, asombroso! ¡Qué modo más admirable de moverse, hablar y gesticular…! ¡Qué expresión más real, más viva!

Excitada, Cela se volvió en su trono hacia sus robots más fieles y

perfectos —si es que una máquina pensante y con autodominio propio puede ser fiel—, y les gritó:

—¡Mirad eso! ¡Eso es lo que hace un hombre! ¿Por qué no hacéis máquinas que hagan eso?

Nadie replicó. Aquellos robots no comprendían a Dante, ni sabían quién era Virgilio, porque nadie se lo había enseñado.

Algún tiempo después, Cela, como cualquier mujer del universo, vivía pendiente de las escasas representaciones de Noel Tarman. El anuncio de una representación del fabuloso actor, la ponía nerviosa y azorada hasta que volvía a verlo en sus pantallas. Sintió curiosidad por conocer más de aquel hombre extraño y reconcentrado, y estuvo, incluso, a través de los controles de visión remota, viendo cómo Tarman ensayaba sus obras.

La virilidad y el vigor que ponía Tarman en sus actuaciones emocionaban a Cela. Quizás fuese entonces cuando se enamoró de él… ¡A muchos miles de
años-luz,
Cela Movli, cuyo poder podía aniquilar el universo, se enamoró de un actor teatral!

Y de esto le habló un día «Ogo», su robótica obra maestra, al decirle con su voz bien modulada:

—Cela, tu misión se desvía.

—¿Qué quieres decir, «Ogo»? —preguntó ella, sin comprender.

—Tienes un destino que cumplir. Y tu corazón frágil se ablanda ante la contemplación de lo que no te pertenece.

—¡Te exijo que me hables sin preámbulos, «Ogo»!

—Bien, lo haré —respondió el hombre-máquina que, en lo externo y vestido y adornado, más parecía lo primero que lo segundo—. Tu padre te encomendó una misión sagrada. Debes cumplirla… En algunos mundos, tres en particular, grupos de hombres de ciencia han descubierto el modo de que los humanos vivan largo tiempo… ¡Y tu padre te ordenó que debían evitarlo!

—Si, «Ogo» —respondió Cela—. Tienes razón. Encárgate de destruir a esos hombres y a sus trabajos. Es inapelable.

—Lo haré, Cela.

—Además —siguió diciendo ella, pensativa—, enviad aviso a los mundos supercivilizados para que desistan en sus inútiles intentos ambiciosos. He decidido intervenir en la política de esos mundos y

acabar con una serie de injusticias e inmoralidades que he observado y analizado profundamente.

—Los «Computadores-Iota» ya estudian esos datos, Cela. Si es necesario, invadiremos pacíficamente los mundos habitados y someteremos a sus gentes de grado o por fuerza.

—¡No quiero muertes, a menos que sea absolutamente necesario! —exclamó Cela, adelantando el busto hacia el robot que estaba ante su sitial tallado de un gran bloque diamantífero.

—La muerte de algún hermano puede ser un bien para los demás. Pero se acatarán tus órdenes, Cela.

—Y deseo enviar también un mensaje a la Tierra, «Ogo».

—¿A la Tierra?

—Sí, al mundo en que nací. Quiero reivindicar la memoria de mi padre y mi madre, así como la de sus compañeros. Los culpables de su oprobio no vivirán ya, pero exigiré reparaciones justas.

—¿En qué sentido?

—El gobierno de la Tierra habrá de acceder a que la justicia sea administrada por nuestros «Cerebros legales», los «Adexos».

—Me parece una idea excelente. Iniciaremos la marcha hacia el Sistema Solar inmediatamente respondió «Ogo».

CAPÍTULO III



a modernísima espacionave «Somoa», en la que viajaba la embajada de la Unión Planetaria, al frente de la cual iba Noel Tarman, representando su papel de Grajano, redujo su velocidad hiperespacial y adoptó una órbita de crucero, a trescientos millones de kilómetros (20 Unidades Astronómicas). Y lo que poco antes había sido calculado en parsecs[1] en los computadores del «Somoa», se tradujo al lenguaje corriente de los kilómetros.

Ante ella, se extendían los mundos lenticulares de Ghini-1, Ghini-2, etc., ocupando una extensión espacial incalculable.

Inmediatamente, Noel envió un mensaje al capitán de la «Somoa», diciéndole:

—Comunique que el Presidente Grajano desea parlamentar con los dirigentes de Ghini. Traigo plenos poderes para escuchar las reivindicaciones que nos comunicaron. —Sereno, altivo, plenamente identificado con su personaje, el actor imitaba incluso

el timbre de voz de Grajano—. Y solicite permiso para que yo y mis acompañantes podamos desembarcar en Ghini.

Noel Tarman no iba solo. Seis preclaros estadistas del Sistema Solar le acompañaban. Una era la neptuniana Loravain, mujer de rara y excepcional belleza, a la cual, decían muchos, debía el alto cargo político que ocupaba en el vasto y casi desolado Neptuno, en el que la colonización avanzaba lentamente por culpa de las inclemencias del suelo.

Loravain era homínida, o sea, de origen humano, pero se había desarrollado su especie en medios distintos al terrestre. Esto, sin embargo, no había impedido en el siglo XXIII, que la mayor parte de los homínidos del Sistema Solar, se hicieran operar, adoptando el metabolismo de los humanos terrestres, sus conquistadores.

Después, con las dependencias planetarias a la madre Tierra, la diferencia entre humanos y homínidos se redujo mucho más. Y éste era el motivo de que la bella e inteligente Loravain tuviera el aspecto de una parisina cualquiera.

Los otros cinco estadistas eran consejeros científicos de la Unión Planetaria y habían sido enviados para asesorar a Grajano en todo, aunque más pensaban en su próxima muerte que en ayudar algo al presunto dirigente de Venus.

Quizá, la que menos pensaba en que podían ser aniquilados por los «ghinies», era Loravain, en la que había hallado Tarman una colaboradora excepcional y una compañía gratísima.

—¿Qué ocurrirá ahora, mi querida Loravain? —preguntó Noel, volviéndose, muy digno, a la mesa circular sobre la que estaban apoyados sus consejeros.

—Sólo Dios lo sabe, señor. Puede que nos manden un rayo aniquilador y puede que nos reciban. Personalmente, creo que esto último es lo más correcto. Ellos mismos han exigido sus extrañas reivindicaciones.

—Exactamente. Repasémoslas de nuevo, querido Arthur. —Noel se dirigió a un hombre de rostro sonrosado que se adornaba el labio superior con un antiguo bigote pintado de verde.

El aludido presionó un botón del tablero que tenía delante, y en la sala se oyó una voz metálica que dijo:

—Exigimos que cese toda investigación sobre la longevidad de los seres humanos. La muerte es necesaria para el desarrollo de los

mundos.

»Exigimos que se reivindique la memoria del doctor August Movli, como se demostrará algún día, hizo más por la humanidad que la humanidad entera misma.

»Exigimos que la justicia de los hombres sea administrada por nuestros “Cerebros legales”, los llamados “Adexos”, para que cesen de una vez para siempre los errores humanos. Un «Adexo» oirá las partes en litigio y dictará sentencia inapelable.

»Exigimos entendimiento y voluntad a todos los seres del universo. El que no acate estas exigencias será eliminado. Aunque, todos aquellos que no estén conforme con estas exigencias, tendrán opción a ser enviados a los confines del Universo, a mundos elegidos por ellos mismos, donde podrán vivir de acuerdo con sus propias leyes. Entre ellos y nosotros habrá un muro insalvable.

»Hemos exigido. Esperamos que se cumpla.

Al cesar la voz metálica, los consejeros miraron a Noel Tarman.

—Eso es todo, señor Presidente —dijo Loravain.

—Unas exigencias muy singulares y de las cuales se extraen curiosas deducciones —agregó Tarman—. Sabemos quién fue August Movli, y la Unión Planetaria está dispuesta a reivindicar su memoria. Examinado el proceso, estamos de acuerdo en conceder que se le ordenó injustamente. Nadie debió requerir sus servicios estando de fiesta, ni siquiera en caso de accidente, pues Movli no se encontraba en condiciones de actuar.

—Aparte —agregó Loravain, sonriendo de un modo encantador—, de que era un investigador, no un cirujano.

—Exacto —apuntó otro consejero, un pequeño marciano color rojizo.

Y terminó Tarman:

—Pero los miembros de la Unión Planetaria no han aceptado las demás exigencias. Y eso es lo malo. Precisamente, unos cuantos hombres de ciencia dedicados a estudiar la longevidad han desaparecido de un modo extraño. Uno era de Sirio, otro, de Plutón, y el tercero, de «Alfa» de Mira. Con ellos han desaparecido sus ayudantes. Los de Sirio y Mira no nos atañen, pero el presidente de Plutón ha vociferado mucho y pegado fuerte sobre la mesa, pidiendo explicaciones.

—Y la comisión de juristas no accede a que la justicia sea

administrada por máquinas frías. Ya se intentó hace años y las voces que se alzaron en contra de ello fueron unánimes. ¡No podemos someternos a la tiranía de las máquinas!

—Naturalmente que no —declararon los demás consejeros.

Tarman, como si estuviera ante un gran escenario, en Argón, hizo un gesto con las manos que no lo habría hecho ni el mismo Grajano, y dijo, con acento que debía pasar a la historia:

—Señores, señorita… Aún no sabemos si será preciso aceptar o no esas exigencias. Para eso estamos aquí.

—¡No las aceptaremos! —exclamó el marciano.

—Lurdja —replicó Tarman, muy serio—, me permito recordarle que está usted aquí solamente como consejero.

—¡Y represento también al gran pueblo de Marte!

—Diga mejor al pequeño —rectificó Loravain—. Un millón de seres pesan poco en el concierto universal. Fue elegido usted por votación, como todos nosotros, para acompañar al presidente Grajano, y para asesorarle, si le pedían consejo, no para imponer el veto de la minoría.

—¡Señorita Loravain…! —El marciano Lurdja se puso en pie de un brinco.

—¡Siéntese usted! —ordenó seca y autoritariamente Tarman—. Éste no es momento de discutir, sino de estudiar las exigencias de los «ghinies», mientras esperamos su respuesta… ¡O el aniquilamiento! Seamos prácticos. En realidad, todos conocemos de memoria esas demandas. Lo que no sabemos es quién las formula, y por qué.

—Se dijo en la conferencia que la esposa de August Movli había sido un insigne ingeniero en Cibernética —apuntó Loravain—. ¿No pudo ser ella la creadora de esos robots que ahora nos amenazan?

—Parece un poco absurdo —contestó Tarman—. Pero los cálculos efectuados demuestran que máquinas perfectas, reproduciéndose a sí mismas a gran celeridad, podrían haber creado Ghini.

—Exactamente, señor presidente —intervino Arthur—. Y si a eso añadimos las deducciones extraídas de la primera exigencia, dado que sabemos que August Movli estuvo dedicado al estudio de la longevidad, podemos afirmar que el grupo compuesto por Movli, su esposa y amigos, longevos, son los que ahora nos exigen todo eso.

—No ha hecho usted más que repetir lo que se expuso en la conferencia, señor Arthur —respondió Noel Tarman, tomando asiento ante la mesa—. Pero nada de todo ello ha podido ser confirmado; Espero que sabrán ustedes…

Un zumbador oculto interrumpió a Tarman. La voz del capitán del «Somoa» sonó por un intercomunicador.

—Señor presidente, ha llegado la respuesta.

Transmítamela en el acto.

—Dice así: «Una de nuestras cosmonaves irá a recoger al presidente Grajano y a dos ayudantes suyos. Estén preparados. No traigan nada absolutamente». No dice más, señor.

—Gracias, Disola —respondió Tarman. Y mirando en torno a la mesa, añadió—: Dos de ustedes me acompañarán… Usted, Loravain… y usted, Arthur.

—¡Deberíamos hacerlo mediante votación! —protestó Lurdja.

—No hay votación. Tengo plenos poderes como embajador… ¡Señores, en los momentos decisivos de la historia han sido los hombres enérgicos los que han salvado las situaciones más graves!

El minúsculo radioemisor que habían colocado en el cerebro de Noel Tarman, al ser operado para asumir la personalidad de Grajano, zumbó un poco. A través de la distancia, los influjos de la voz del propio Grajano llegaron hasta Tarman, diciéndole:

—No exagere usted, mi querido y noble amigo. Le veo perfectamente. Tiu Odaka está entusiasmado, pero a mí me preocupa. Hay excesiva grandilocuencia en sus gestos y palabras… Jamás he hablado yo de momentos históricos.

«—Alguna vez había de hacerlo, ¿no? —respondió Tarman, por influjos mentales.

»—Está bien. Ahí, en el “Somoa”, no me importa. Pero modérese ante los “ghinies”. Y concéntrese bien. Fuera de la cosmonave, los campos magnéticos no le protegerán. No piense en Tarman. No pierda la cabeza, pase lo que pase. ¡Se lo suplico, Tarman; todo ha ido demasiado bien hasta ahora! Y no haga caso a los consejeros. Es usted el que manda y el que asumirá la responsabilidad».

—Señores —Tarman habló en voz alta de nuevo—, pueden retirarse. Ustedes, Loravain y Arthur, quédense conmigo.

* * *

El androide que surgió de aquella extraña bola fosforescente, quedando suspendido en el vacío, señaló hacia la oquedad por la que había salido. En inglés correcto, dijo:

—Entren. No teman.

Noel Tarman fue el primero de pasar, con un ligero impulso, de la plataforma extendida desde el «Somoa» hacia la redonda oquedad, en cuyo interior reinaba la negrura más completa. Después pasaron Arthur y Loravain, y por último, el robot. Algo se cerró y una luz verdosa se encendió sobre las cabezas de los tres mensajeros.

¡Pero el androide no estaba con ellos!

Parecía haberse esfumado o atravesado alguna de las paredes acolchadas del reducido lugar en que se encontraban.

—¿Dónde ha ido ese robot? —preguntó Tarman.

—Se ha esfumado al entrar. O es que esta luz lo ha hecho invisible.

Desde el «Somoa», el capitán Disola y sus tripulantes vieron la bola fosforescente empezar a girar sobre sí misma y luego partir hacia los mundos lenticulares con una velocidad pasmosa. A los pocos segundos se había convertido en un puntito luminoso en la distancia.

—Que tengan suerte —murmuró Disola, para sí. Y en voz alta, agregó—: Hemos de esperar, señores. No sé cuánto.

Dentro de la extraña bola, Noel Tarman se sentó junto a Loravain, mirándola de perfil.

—¿Le ha dicho alguien que es usted muy bella, Loravain? —preguntó Tarman, de súbito.

Ella se volvió, sonriendo.

—No es usted el primero, señor. Y le agradezco el cumplido. Es un modo delicado de apartarme de mis tristes pensamientos.

—¿Tristes? De este viaje puede sacar usted muchas ventajas, Loravain.

—¿La muerte? —preguntó Arthur.

—No piensen en eso. Si viene, todo terminará. Será un placer morir junto a usted, Loravain. Y si todo sale bien… ¿Ha pensado alguna vez en unir Neptuno con Venus por un puente sentimental?

—¿Se está usted declarando, señor presidente? —preguntó ella, halagada.

—Tal vez… Un político como yo tiene tiempo para pensar en el amor. No sé la razón, pero creo que éste es el momento adecuado. Jamás vi en Venus a una mujer tan bonita…

Arthur dejó escapar una discreta tosecilla.

—¿Le molesta mi conversación, señor Arthur? —preguntó Tarman, volviéndose al consejero y mirándole fijamente.

—¡No, señor; puede estar seguro! Me admira su serenidad. Sé lo mucho que ha hecho por Venus, y lo que allí se le estima. Y le tenía por un hombre distinto.

—Soy distinto, señor Arthur; créame. Pero Loravain me subyuga. ¿A usted no?

—Indudablemente, señor. Pero mi deber…

La luz verdosa se apagó de pronto y la oquedad se abrió casi en el acto. Ahora pudieron ver al androide junto a ella.

—Pueden salir. Ya hemos llegado —indicó.

Salieron, encontrándose ante una dilatada superficie lisa y metálica. Era como una inmensa nave, sin techo, e iluminada por ingentes focos, de modo que todo era luz y pavimento metálico.

—¿Dónde estamos? —preguntó Tarman al androide.

—En Ghini. Esta pista es móvil. Dentro de unos momentos surgirá ante ustedes el trono de Cela.

—¿Cela? ¿Quién es?

—Ya lo verán.

Si la dilatada superficie se movía, ninguno de los tres embajadores lo notó. Carecían de puntos de referencia bajo aquella intensa, pero benigna luminosidad. Incluso existía allí una atmósfera similar a la de la Tierra.

Como una estatua metálica y brillante, el androide permanecía junto a su bola fosforescente. Los tres humanos le miraban con curiosidad.

—Es un robot muy perfecto —dijo Loravain—. Pero parece de fabricación terrestre.

—¿Bajo qué acción se moverá esta bola? —preguntó Arthur.

—Por impulso electromagnético —habló el androide.

—No entiendo.

—Es impulsada y atraída por magnetismo. Su período de traslación es casi instantáneo, a la velocidad de la luz.

—¿Qué distancia hemos recorrido y en cuánto tiempo? —

preguntó Loravain.

—Trescientos mil kilómetros por segundo en los momentos de mayor celeridad, descontando aceleración y deceleración; hemos tardado nueve minutos y medio.

—¡Caramba! —exclamó Arthur, sin poder contener su sorpresa—. Nuestras astronaves no van tan aprisa.

—Lo sé —respondió el androide—. Y, sin embargo, ustedes no han notado nada, ¿verdad? Ella tampoco lo nota.

—¿Quién es ella? —preguntó Tarman.

—Véanla ahí… Ésa es Cela.

Los tres mensajeros se volvieron. De la superficie pulimentada del suelo, como por acción osmótica, estaba surgiendo un sitial o trono elevado, refulgente como un diamante enorme y tallado, en el que aparecía sentada Cela, cubierta por un manto que descendía de las escalinatas, ante ella, color rojo iridiscente, y de un tejido que parecía seda, pero que en realidad era acero aleado con otro material flexible.

El rostro de Cela Movli poseía la belleza natural de las terrestres, faceta ya casi desaparecida con la cirugía estética, realzaba por una expresión juvenil perfecta y adorable.

Tarman, con su sensibilidad de artista, estaba extasiado. No creía haber visto jamás una belleza semejante, ni unos ojos azules de tan profundo candor. Era el rostro que siempre había buscado para su primera actriz y que jamás había encontrado. Y su forma de surgir ante ellos, en aquella ilimitada superficie iluminada por mil soles, era de lo más espectacular que viera el famoso actor.

Inconscientemente, Noel Tarman hizo una reverencia, como si se hallase ante una diosa. Loravain se ocultó tras su máscara de estadista, y Arthur agrandó mucho los ojos.

—Sean bienvenidos a Ghini. ¿Son ustedes de la Tierra?

—Yo soy de Venus —dijo Tarman—. La señorita es de Neptuno… El señor Arthur es de la Tierra.

—Yo nací en la Tierra, señores. Mi nombre es Cela Movli.

—¡Cela Movli! ¡Esto es asombroso! ¿Es acaso biznieta del August Movli cuyo nombre pretende reivindicar? —preguntó Tarman, con magnánima dignidad.

—Soy su hija —respondió Cela, sin afectación.

—¡Imposible! —exclamó Tarman.

—¿Por qué dice eso, si todos ustedes saben que es posible? —Cela se había puesto en pie de súbito, mostrando su armoniosa figura. Su rostro seguía tan encantador como antes, pero sus palabras fueron terribles— No perdamos tiempo. ¿Acceden a mis exigencias o destruyo todos los planetas del Sistema Solar?

Hubo un silencio ominoso. Loravain y Arthur bajaron los ojos al suelo, dominados por aquel imperio, mezcla de candor, belleza y energía. Sólo Noel Tarman no se inmutó siquiera, sosteniendo la mirada firme de la mujer.

—Jamás se sometió a los pueblos con amenazas, señorita… ¿O tiene usted un tratamiento más elevado debido a su rango?

—¿Quién es usted? —preguntó Cela.

—Soy Grajano, presidente de la Junta Rectora de Venus, jefe del gobierno, y embajador plenipotenciario de la Unión Planetaria del Sistema Solar. Represento a ciento sesenta mil millones de seres humanos.

—¡Y yo mando a un trillón de máquinas pensantes, Grajano! —replicó Cela.

—Son muchos poderes —respondió Tarman—. ¿Podemos verlos?

—Naturalmente. Había previsto tal contingencia.

Y prefiero más persuadir que aniquilar… ¡Levanten los ojos al cielo! ¡Vean mi fuerza!

Noel Tarman y sus acompañantes levantaron los ojos. La intensa luz empezó a eclipsarse, quedando al descubierto el cielo satinado del firmamento… ¡Pero, formando como una inmensa bóveda, una ingente masa de espacionaves lenticulares, como antiguos platillos volantes, pasaron sin ruido sobre la ilimitada plataforma!

—¿Cuántas astronaves calculan que han visto? —preguntó Cela.

—Muchas, señora —respondió Tarman, impresionado.

—¡Pues vean muchas más!

De la noche surgió como una gran llamarada y miles de millones de bolas fosforescentes como las que tenían detrás de ellos, cruzaron el firmamento a una rapidez impresionante.

—¡Y vean mis legiones! —añadió Cela, moviendo el brazo derecho en círculo, en torno a ella.

La intensa luz había surgido de nuevo en aquella especie de techo invisible, ¡y la ilimitada superficie se vio cubierta por una

compacta masa de androides alineados en interminables filas!

Y todos iban armados con extraños objetos de novísima concepción.

—¡Un billón de hombres máquinas armados con rayos desintegrantes! —gritó ahora Cela, dirigiéndose a los embajadores —. ¿Tienen bastante para acceder a mis demandas?

—Tenemos bastante —respondió Tarman—. Pero no accederemos.

CAPÍTULO IV



n todas las épocas ha habido hombres de ambición desmedida; individuos que no vacilan en medios, primero, para enriquecerse; y, segundo, para conquistar poder. Es una condición humana loable, siempre y cuando los medios empleados para conseguirlo sean lícitos. Pero es vil y reprobable cuando se emplean procedimientos inicuos.

A pesar de su sonrisa perenne, su aire protector y su aspecto condescendiente, Tiu Odaka era uno de estos individuos. El teatro había sido su medio fácil para enriquecerse. En el mundo del espectáculo, un empresario audaz tenía grandes posibilidades de llegar a la meta propuesta. Odaka había llegado, sin detenerse en medios, sin importarle la gente que lloraba en la metrópoli de la risa, y no vaciló nunca en hacer desaparecer, bien por «accidente» o bien por el asesinato directo, a todo aquel que pudiera ser un obstáculo en su vida.

Y había llegado a ser uno de los hombres más poderosos de

Venus. En honor a la verdad, Tiu Odaka no siempre había sido abyecto y miserable para lograr sus propósitos. Era amigo de Noel Tarman, porque éste le había proporcionado inmensas ganancias. También lo era del presidente Grajano a causa del poder que le confería tal amistad.

Sin embargo, Tiu Odaka odiaba a ambos por el simple motivo de ser mejores y más puros que él. Tarman, era un actor sin tacha, un hombre íntegro y genial. En realidad, al famoso actor le importaba muy poco el dinero.

Grajano, por otra parte, y salvando la distancia, era como Tarman. Un estadista puro, sin tacha; y, además, un hombre que sabía escuchar a los demás y apreciar un consejo si éste tenía aspecto de ser bueno y dar excelentes resultados.

Ésta fue la razón de que un asesor del presidente, llamado Brisbane, y para más señas a sueldo de Odaka, sugiriera a Grajano la conveniencia de la suplantación política.

Brisbane había dicho mefistofélicamente:

»—Noel Tarman puede sustituirle a usted, señor presidente. Es el único que puede hacerlo. Piense en que, si usted muere en esa embajada, Venus quedará sin gobierno.

»—Pero Tarman está trabajando para Odaka… —apuntó, vacilante, Grajano.

»—Tiu Odaka es un patriota. Estoy seguro de que podemos contar con él en todo y por todo.

Tan sutil aclaración puso a Grajano en manos del sinuoso Odaka, sin duda alguna. Aceptó encantado y puso a disposición del presidente hasta su propia oficina.

»—Mientras que Tarman le sustituye a usted, es conveniente adoptar la personalidad de Tarman —apuntó Odaka, en la primera entrevista.

»—Me parece bien. Desde la Avenida Astral dirigiré la política. Brisbane será mi intermediario…

Así, Grajano, confiado, se entregó atado de pies y manos. Con esto no hizo más que firmar su sentencia de muerte. El poder pasaba, de aquel modo, a las manos de Tiu Odaka y de Brisbane. Estando Grajano oficialmente en la conferencia de la Tierra, Tiu Odaka podía dar órdenes a Brisbane. Y esto fue lo que hizo.

»—¡Hay que hacer desaparecer a Grajano hoy mismo!

Brisbane no se inmutó siquiera. Con semblante inexpresivo, preguntó:

»—¿Qué procedimiento empleamos?

»—El que mejor te plazca. Lo interesante es que nadie se dé cuenta.

»—De acuerdo. Lo envenenaré y su cadáver será llevado en "helidisco" hasta los pantanos de la
F'gram.
Le arrojaremos desde gran altura y jamás será encontrado. Pero…

»—Pero ¿qué?

»—¿Y Noel Tarman?

»—Yo estaré en contacto con él en todo momento. No puede reconocer mis influjos de control y creerá estar recibiendo órdenes de Grajano. De todos modos, Tarman morirá en esa embajada.

»—Yo he pensado algo mejor, señor Odaka —apuntó Brisbane.

»—¿De qué se trata, amigo mío?

»—Inducir a Tarman a que acceda a las exigencias de los "ghinies". Podemos fingir aceptarlas y ganar tiempo, lo cual nos interesa mucho. Y cuando Noel Tarman regrese, convencerle de buen grado para que colabore con nosotros.

Tiu Odaka había escuchado aquellas palabras con gesto reflexivo. Hacer desaparecer a Grajano mientras todo el universo le creía en una embajada en el Cosmos, no será difícil. Lo peor sería cuando el actor que suplantaba a Grajano regresara.

Tiu Odaka sacudió la cabeza.

»—Creo que Tarman no aceptará —dijo.

»—Pues morirá irremisiblemente. Y en la lucha que se entable por la presidencia ganaremos nosotros.

»—No pareces muy convencido de lo que dices, Brisbane.

»—Es que, en verdad, no lo estoy. Lo ideal sería que Tarman se pusiera a nuestro lado.

Tiu Odaka se había puesto en pie y en su faz apareció la maldad de que estaba poseído. Dijo:

»—No te preocupes de nada más, amigo fiel. Puede que Tarman muera en Ghini. Y si regresa… ¡Morirá en Venus! De lo demás me encargo yo. ¡Tengo suficiente dinero para acallar muchas conciencias…! ¡Y dispongo de otros recursos, ya lo verás!

* * *

Aquella noche, Grajano murió envenenado mientras cenaba. La muerte se abatió sobre él súbita y trágicamente. En otras circunstancias, la medicina habría podido salvarle, actuando con rapidez. Pero sus asesinos no llevaron su cadáver a un hospital, sino que, introducido en un baúl de teatro, fue llevado a un «helicodisco» y luego arrojado a uno de los fatídicos y terribles pantanos de Venus. Jamás volvería a ser encontrado ni recuperado su cadáver.

Para el Sistema Solar, el presidente Grajano seguía vivo, en una conferencia en la Tierra. Para Noel Tarman, Grajano estaba oculto en el edificio «Odaka», de Argón, desde donde seguía gobernando a través de Tiu Odaka.

El único que parecía no dar señales de vida era Noel Tarman, el actor. Pero todo el universo sabía de sus prolongadas desapariciones. Le suponían trabajando en su «sancta santórum», preparando otra de sus geniales y únicas representaciones. Ni siquiera sus servidores más íntimos sabían dónde estaba. Para llevar a cabo la suplantación de Grajano, uno de sus criados, también gran actor, ocupaba su puesto en el estudio de su palacio de la Avenida Astral, encerrado entre cuatro paredes, y no había hecho la más mínima pregunta.

»—Si usted me lo pide, maestro —había dicho el criado-actor—, estaré toda la vida aquí encerrado, procurando pensar como usted piensa, y fingiendo ser Noel Tarman.

»—Gracias, Humble. Algún día te podré explicar la razón de todo esto. Ahora, confórmate con saber que voy a estudiar mi papel más genial.

Y una vez perpetrado el magnicidio, Brisbane se apresuró a comunicarlo a su jefe. Le llamó desde el espaciopuerto del valle de Sigra, a través del visoteléfono, y le dijo:

»—Señor Odaka, el contrato está firmado y sellado. Una nueva época se inicia en este momento. Espero obtener un alto cargo en su empresa.

Sonriente, Tiu Odaka respondió:

»—Cuenta con ello, fiel amigo. Tendrás la recompensa que mereces.

Satisfecho, Brisbane y sus dos cómplices —los que le habían ayudado a llevar a cabo el asesinato— regresaron al «helicodisco» y volaron hacia Argón.

Volaban a través de la noche venusina, satisfechos de su obra, y felicitándose por las ventajas que iban a obtener de aquel complot, cuando, de repente, ocurrió lo inesperado. En la popa del aparato se produjo una llamarada, seguida de una pavorosa explosión.

El aparato se estremeció en el aire cargado de humedad y luego se fragmentó en mil pedazos, que fueron arrojados, junto con los restos de sus tres ocupantes, a gran distancia.

¡El pequeño motor atómico había hecho explosión!

Brisbane acababa de recibir la recompensa prometida por Tiu Odaka. La única recompensa que el conspirador merecía y pagada en la única moneda que podía esperar de Tiu Odaka, el cual se encargó de pagar una módica cantidad a un sujeto que se encargó de preparar el «accidente».

Nadie podía decir ahora que el productor de Argón estaba complicado en el asesinato de Grajano.

Y aquella noche, Tiu Odaka durmió como un bendito. Como carecía de conciencia, nada podía inquietarle. Había calculado muy bien todo lo que iba a suceder.

Prácticamente, las riendas de la Junta de Gobierno de Venus estaban en su poder. De momento, a través de Noel Tarman, el Hemiciclo obedecería a Tiu Odaka. Luego…

»—¡Seré el Presidente de Venus! Noel Tarman, como el suplantador, no tendrá más remedio que ser sacrificado. Si no lo hacen los “ghinies” lo haré yo. Aun en caso de que salga airoso de su misión, todas las pruebas le acusarán… ¡Ante el mundo, Tarman habrá matado a Grajano para ocupar su puesto!

* * *

Entretanto, en la superficie metálica de Ghini-1, la embajada de la Unión Planetaria se encontraba en una situación delicada.

Antes de que Tarman hubiera terminado de pronunciar sus enérgicas palabras, un grupo de androides armados les rodeaba. Cela Movli, en su trono refulgente, sólo había tenido que dar una orden mental:

«¡Detenedlos!».

Y cuando Tarman, Loravain y Arthur miraron a su alrededor, viéndose en el interior de un círculo de inexpresivos hombres máquinas, Cela añadió, con voz recia y segura:

—Habéis venido a convencerme de que mi actitud es equivocada. Pero yo os convenceré a vosotros. De momento, sois mis prisioneros.

—¡Esto es una inicua violación de los derechos…! —empezó a declamar Tarman.

—En Ghini no hay más derecho que el de mi razón. Y os advierto que no soy injusta. Habéis pretendido desafiarme y os arrepentiréis muy pronto.

Mentalmente, Cela dijo a sus androides: «¡Llevadlos a la cámara “I” y sometedlos a escrutinio mental!».

En el mismo instante, como si el suelo que pisaban careciera de consistencia, Tarman y sus dos compañeros sintieron que el firme cedía bajo sus pies y empezaron a descender por una especie de ancho tubo, rodeado de su guardia mecánica.

—¡Esto es un atropello! —exclamó Arthur, agitando mucho los brazos ante el rostro impasible de un robot.

—Silencio —habló uno de los androides cuando el agujero por el que descendían se cerró sobre sus cabezas, quedando envueltos todos por la espectral luz verde—. Deben acatar las órdenes de Cela.

—Esto les costará muy caro, muñecos de hojalata.

Ninguno respondió.

Al poco, aquella especie de montacargas se detuvo y sus paredes se descorrieron. Ante los emisarios se extendía ahora un paraje semejante a una selva frondosa, con árboles, arbustos, zarzas y toda una flora semejante a la que podía verse en cualquier mundo inhabitado.

—¿Qué es esto? —inquirió Loravain, inquieta y sobrecogida.

—Una «jungla» viviente —dijo un robot—. En el interior de ese vergel hay una vivienda en la que se sentirán en la misma Tierra. Pero no podrán salir de ahí. Las plantas carnívoras que les rodean desecharán cualquier pensamiento atrevido. Ni siquiera uno de nosotros podría cruzar por entre la maleza.

El robot que hablaba se volvió a uno de sus compañeros y le dijo:

—«Ko», sacrifícate para que los humanos puedan ver lo que les espera en caso de ser desobedientes.

Uno de los androides, sin la menor vacilación, cruzó la puerta del tubo y se dirigió con paso firme hacia la maleza. Apenas había llegado a ella, cuando los ramajes parecieron cobrar vida, distendiéndose ávidamente hacia el androide y, al poco, cientos de retorcidos sarmientos se enristraron en su cuerpo metálico y se lo engulleron por completo.

Ninguno de los tres emisarios se inmutó al ver aquello. «Ko», pese a su perfección, no era más que una máquina. Otra ocuparía su puesto. Cela Movli disponía de un número incalculable de androides.

—¿Qué os ha parecido? —habló de nuevo el robot—. Esas plantas carnívoras devoran hasta el hierro.

—¿Y cómo pasaremos a través de ahí? —preguntó Tarman.

—Muy fácil —contestó el androide, levantando el arma que empuñaba— Véanlo.

Su dedo metálico presionó un resorte del arma y un rayo azulado surgió raudo hacia la densa vegetación. Inmediatamente, se escuchó un chasquido prolongado, y toda la maleza empezó a retirarse, como si tuviera cerebro y el rayo le hiciera sentir un vivo dolor.

A los pocos segundos, entre la maleza había un ancho paso, rectilíneo, hacia el que avanzó el androide que había disparado, seguido de sus compañeros, los cuales empujaron a Tarman, a Loravain y a Arthur.

—Dense prisa. En cuanto pasen los efectos del rayo, la vegetación volverá a invadirlo todo —habló el androide guía, siempre disparando su rayo azul para abrir paso entre la espesura vegetal.

Tarman observó que el suelo era de metal, y no comprendió dónde podía enraizar tanta vegetación. Dedujo que toda la jungla pertenecía a un tronco común, pese a las distintas formas de flora que veía, y su origen y raíz debía estar en otra parte. Era como una hiedra gigante extendiéndose por aquel suelo de metal.

Mirando al techo, la potente luz que surgía de todas partes, cubriéndolo, daba la sensación de que estaban al aire libre, avanzando por el camino de la selva. Por lo demás, el silencio más

intenso reinaba en torno suyo.

—Ahí está la cámara «I» —habló de pronto el androide guía.

Tarman pudo ver, a través de una recia alambrada, contra la que se estrellaba la maleza, un claro circular de unos quinientos metros de diámetro, en cuyo centro había un chalet estilo colonial, pintado de blanco, con amplias ventanas cubiertas con visillos, terrazas y un confortable mobiliario.

—¡Asombroso! —exclamó Loravain—. ¿A quién se le ha ocurrido construir esto aquí, en medio de la selva?

—A Cela —respondió el androide guía—. De vez en cuando gusta de venir aquí y aislarse. Por este motivo creó la selva en torno a la cámara «I» hasta aquí no llega el ruido de las grandes máquinas que trabajan.

—¿Y por dónde se entra? —indagó Arthur, que no veía modo alguno de atravesar la recia alambrada.

Pronto obtuvo la respuesta al ver al hombre máquina dirigir su rayo azul contra la alambrada, desintegrándola con un chasquido y una miríada de chispas.

—¡Pronto, pasen! —ordenó el androide, echándose a un lado—. La alambrada tardará un minuto en regenerarse. Después lo hará la maleza.

—¿Y si no queremos entrar? —preguntó Tarman, sonriendo con desprecio.

—Entrarán —respondió el androide.

Y como respondiendo a su palabra, una fuerza invisible empujó a los tres humanos hacia la brecha de la alambrada. Creyeron ser empujados por un viento huracanado, pero no sintieron el menor ruido, ni vieron moverse los retorcidos ramajes que se habían retirado para despejar el camino.

De este modo, Tarman, Loravain y Arthur llegaron hasta el enarenado jardín, ante la casa colonial, y allí el impulso se detuvo. Se volvieron a tiempo de ver cómo el hierro de la alambrada se movía e iba a entrelazarse con las otras varillas segadas, hasta formar, en pocos segundos, una nueva y perfecta alambrada. Los androides habían desaparecido y los enzarzados ramajes de la «jungla» empezaban de nuevo a invadir el camino.

Por entre los intersticios de la alambrada, ramas vivientes pretendían invadir el claro, sin conseguirlo.

—Bueno —habló Loravain, sonriendo—. Esto es lo menos que podía sucedemos. ¿Qué hacemos ahora?… ¡Usted manda, señor presidente!

Tarman se encogió de hombros con resignación.

—Tengamos paciencia. Sospecho que no nos ocurrirá nada. En primer lugar, inspeccionaremos nuestra prisión. Sospecho que no será del todo desagradable, a juzgar por el aspecto exterior. ¿Entramos?

Se dirigieron a la escalinata de metal blanco y subieron hacia la puerta. Antes de llegar a ella, por algún influjo o acción eléctrica, ésta se abrió y se encontraron ante un cómodo y lujoso vestíbulo, algo clásico, pero provisto de los más modernos adelantos. Allí todo era utilitario y no era preciso adivinar nada. Los sillones extensibles eran sillones y no tenían otras aplicaciones.

—Esto me gusta… Incluso hay proyectores y películas. Ya que no podemos escapar, cultivaremos el espíritu.

Arthur se tendió sobre un sillón extensible y lanzó una exclamación:

—¡Estupendo! Parece estar uno sobre una nube… ¡Oh, cómo invita al sueño!

La escultural Loravain imitó a Arthur, no sin coquetería dirigida a Tarman, extendiéndose sobre uno de aquellos sillones con voluptuosidad y estirando piernas y brazos.

Noel Tarman, por su parte, siempre en su papel de Grajano, examinó el lugar, girando sobre sí mismo y pronunció una frase grandilocuente:

—Los que han vivido libres como el vuelo de la alondra no pueden hallar placer en esta jaula dorada. Seamos dignos de la confianza depositada en nosotros y busquemos el modo de salir de este encierro paradisíaco.

—Me temo, digno presidente —replicó Loravain, sonriendo con picardía—, que no podemos hacer nada. Cela Movli, la mujer del rostro hechicero y juvenil, nos tiene a su merced. Esperemos a ver qué se propone.

—Lógicamente, sus controles tele-síquicos estarán registrando nuestra conversación —añadió Arthur—. Propongo que seamos discretos en el pensar y en el decir… ¡Ah, qué sueño!

Un instante después, Loravain y Arthur caían profundamente

dormidos. Tarman también sintió el influjo del sueño en su mente. Comprendió la verdad y quiso resistirse, zafándose a la hipnosis remota.

Empezó a enumerar frases incoherentes, paseando arriba y abajo del vestíbulo. Incluso abrió una puerta, penetró en un lavabo y sumergió la cabeza en el baño de mármol que allí había.

Tomó una toalla, la empapó de agua y se la anudó sobre la cabeza. Sabía que la humedad sobre sus sienes le ayudaría algo. Además, repetía números y frases deshilvanadas constantemente, hasta que sintió que la somnolencia iba desapareciendo.

Regresó al vestíbulo, sonriendo, y miró a sus compañeros dormidos.

—Estoy seguro de que os están registrando el cerebro, amigos —se dijo—. Espero que no tengáis ningún secreto que guardar. Yo, por el momento, prefiero permanecer con los ojos bien abiertos. Mi actuación está solo en el primer acto y mucho depende de lo que haga.

¿Puede una mente pensar una cosa, una idea, sin formularla siquiera? Indudablemente, no. Pero en su desdoblamiento artístico, sabiendo que su mente podía ser controlada, Noel Tarman había llegado a gesticular, moverse y hablar, sin necesidad de pensar. Era un autómata de movimientos archisabidos. Y a la inversa, pensaba sin actuar, para sí mismo… ¡Y su cerebro no formulaba el pensamiento!

Ésta fue la razón por la cual, mientras examinaba la filmoteca, Tarman oyó una voz melódica a su espalda que decía:

—¿Quién es usted? ¿De dónde ha salido? ¿Es un hombre o una máquina inasequible?… ¡Responda!

CAPÍTULO V


oel Tarman se volvió. Sentada en uno de los sillones extensibles, vestida con un atuendo curioso que le daba un aspecto de exótica mariposa, debido a los sutiles velos que la envolvían y a las antenas brillantes que surgían del casco de su cabeza, estaba Cela Movli. Sonreía y mostraba una hermosa hilera de dientes blancos.

—Señorita, ya sabe usted quién soy. La supongo con suficientes conocimientos para poder hurgar en las mentes de los hombres, aun de los situados en los confines del Cosmos. Soy un humilde presidente, un insignificante gobernante, un hombre sólo querido por los que favorezco con mis leyes…

—Pero no es igual que ésos —dijo Cela, moviendo una mano para señalar a los dormidos y agitando los velos que surgían de sus brazos.

—Me recuerda usted a una libélula, señorita Movli —sonrió Tarman—. Y, en realidad, tampoco es como una mujer corriente.

¿Puedo hacerle las mismas preguntas que usted me ha hecho a mí?

—No puede hacerme ninguna pregunta. No está en condiciones. Es mejor que se someta dócilmente y no me obligue a emplear medios más violentos. ¿Qué tiene en el cerebro? ¿Células fotoeléctricas?

—Es posible. ¿Y usted?

—Puedo viviseccionarle… ¡Incluso puedo matarle!

—¿Por qué tan prosaica? ¿Sólo piensa en la muerte, en el poder, en la sumisión de los demás? Una mujer como usted, en su medio, que es nuestro Sistema Solar, sería mucho más feliz que aquí, dirigiendo máquinas. ¿Qué fin persigue?

—Soy yo la que he venido a interrogarle a usted; no a ser interrogada.

—¿Y cómo ha venido hasta aquí? ¿Cómo ha cruzado esa «jungla» maligna? —siguió preguntando Tarman en su intento por desorientar a Cela, a la vez que iba acercándose a ella poco a poco.

—Puedo transmutarme a través del tiempo y el espacio, señor Grajano. La ciencia que he acumulado en mí durante ciento cincuenta años es superior, a mi entender, a la de los humanos. Yo he podido crear mundos inmensos.

—¿Usted o sus máquinas? ¿Fue su madre la que construyó estas máquinas tan perfectas? ¿Dónde está su padre? ¿Y sus amigos? ¿No había uno llamado Lucas Devries? ¿Por qué ellos murieron y usted vive?… ¡Ah, le extraña que lea su pensamiento! ¡No tenga miedo! No he leído nada. Ha sido simple deducción, pues no creo que sea usted hija de August Movli.

Cela se puso en pie bruscamente. Pero no pudo evitar que Noel Tarman la sujetase de las muñecas.

—¡Suélteme!

—No, Cela Movli, o como quiera llamarse —respondió Tarman, con su rostro muy próximo al de aquella exótica diosa de mirada turbadora—. Desde que la vi sentí deseos de besarla, para ver si era humana o una máquina de singular belleza… ¡Y lo haré!

Cela Movli no opuso la menor resistencia. Se dejó abrazar por los fuertes brazos del actor, y sus labios se entreabrieron, como si su voluntad estuviera aniquilada.

¡Era la primera vez en su vida que se sentía amada!

* * *

Tarman se levantó del sillón extensible y se dirigió a una de las ventanas. No dirigió ni una mirada a la mujer vencida que tenía junto a él.

Cela Movli había dejado de ser peligrosa.

Al descorrer los visillos, para mirar fuera, al jardín, Tarman se dijo: «La he vencido… Después de todo, no es más que una mujer corriente, de carne y hueso… ¡Bah! No valía la pena».

Detrás de él, cubriéndose pudorosamente con los velos, Cela miraba la espalda del hombre. En sus ojos había un brillo nuevo y su epidermis se estremecía aún a causa del inenarrable placer experimentado.

—¿Qué ha ocurrido, Grajano? —preguntó ella.

Sin volverse. Noel Tarman se encogió de hombros y respondió, displicente:

—Nada de importancia, muchacha.

—Yo no diría eso —replicó Cela, resentida por el tono indiferente de él— Para mí ha sido algo maravilloso.

—Para mí, algo muy corriente. Dime, ¿cómo se puede salir de este bonito encierro?

Cela no respondió. Creyó sentir un dardo clavarse en su corazón. No supo a qué atribuirlo, ella que tanto sabía. Estaba tan perpleja y asombrada como una jovencita que hace su primera escapada nocturna.

—Me temo que habremos de pensar más despacio, Grajano —habló Cela, poniéndose en pie—. Algo extraño me ha ocurrido. Debo analizar si he sido bueno o malo para mí.

Tarman se volvió con un movimiento felino. Inclinado hacia delante, en un gesto agresivo y desdeñoso a un tiempo, exclamó:

—¡Te he hecho conocer la felicidad, mujer! ¿Qué más quieres?

—Ahora te pareces al actor Noel Tarman —respondió Cela.

Tarman se envaró y retrocedió unos pasos, como si hubiera recibido una fuerte bofetada.

—¿Conoces a Tarman? —preguntó, en tono sibilante.

—¿Acaso hay alguien entre los humanos que no le conozca? Es un artista genial. En «Otelo», le vi por control remoto hacer un gesto teatral como el tuyo de ahora… ¡Oh, Grajano, dejemos eso

ahora! Ven a mi lado y bésame de nuevo. Demuéstrame que todo no ha sido un engaño.

—Óyeme bien, Cela Movli —respondió Tarman—. Has sido amada. Y debes saber que el amor tiene su tiranía. Cuando dos se quieren, uno se doblega al otro; el más fuerte es el que domina… ¡Y tú has sido vencida!

—¿Vencida yo? ¿Qué quieres decir, Grajano? —Cela hizo una pausa para poner en orden sus ideas. Y agregó—: Todo esto es nuevo para mí. No creas que soy una mujer mala y caprichosa. Soy una mujer que siempre he vivido sola, encerrada en mí misma… ¡Pero también una mujer con un deber sagrado que cumplir! ¡Y lo cumpliré, pese al amor de que me hablas!

—¡No podrás hacerme ningún daño, Cela! —exclamó Noel Tarman en tono triunfante—. Mi sufrimiento sería tu sufrimiento, y mi dolor, el tuyo. El amor ha destilado en ti su veneno mágico y tu corazón sentirá una zozobra constante… ¡Por eso te ordeno que renuncies a todo esto y vengas conmigo a la Tierra! ¡Yo te ayudaré para que tu rebeldía no sea castigada severamente!

—¡Noooo! —gritó Cela, fuera de sí—. ¡Mi destino es sagrado! ¡Y donde no llegue yo, llegarán mis máquinas!

Cela dio media vuelta y se dirigió a la puerta.

—Espera —exclamó Tarman—. Tengo que decir algo más.

Ella se detuvo, pero no volvió el rostro.

—¿Qué es? Dilo ahora; luego, sería demasiado tarde.

—¿Qué piensas hacer?

—Convencerte de lo equivocado que estás. ¡Voy a destruir desde aquí la ciudad de la cual estáis tan orgullosos! ¡Dentro de un instante, con tus propios ojos, verás desaparecer la metrópoli de Argón!

»Abajo, en la cámara grande, hay una pantalla visora. Ve a reunirte con Loravain y Arthur y podrás ver cuál es mi poder. Te haré fracasar como embajador, te humillaré, doblegándote a mis pies, te…

—¡No puedes hacer eso! —gritó Tarman.

—¡Ya lo verás!

Y antes de que él pudiera detenerla, Cela abrió la puerta de la habitación y salió fuera, tras haber cerrado la puerta a su espalda. Cuando Tarman salió, casi pisándole los talones, la mujer había

desaparecido.

Como un loco, Noel Tarman descendió las escaleras y se dirigió a donde dormían Loravain y Arthur, a los que sacudió violentamente, logrando despertarlos.

—¿Qué sucede? —preguntó la hermosa neptuniana, mirando a Tarman de un modo estúpido.

—¡Ha amenazado con destruir Argón! —gritó Tarman.

—¿Quién? —inquirió Arthur.

—Ella, Cela Movli… Acabo de hablar con ella. Está furiosa y quiere demostrar su poder… ¡Si destruye Argón, ocurrirá un cataclismo!

Como en respuesta a las palabras de Tarman, en el muro de la cámara, o vestíbulo, se descorrió silenciosamente un gran panel y quedó al descubierto una gran pantalla catódica.

Los tres emisarios se volvieron al ver la luz natural que brotó de súbito de la pantalla. Y pronto quedaron sobrecogidos al reconocer, en el recuadro, una vista aérea de Argón, con sus primorosos edificios de cristal rosado. El espaciopuerto circular que rodeaba la gran metrópoli, con cabida para miles de cosmonaves, era universalmente famoso; así como las cintas móviles que se dirigían hacia la populosa urbe, y sus grandes avenidas, y el edificio de la «Odaka Teatra Co.», con sus quinientos pisos…

—¡Dios mío! —musitó Tarman—. ¡Haz que no cumpla su amenaza! ¡Sería horrible!

La imagen fue centrándose más sobre la ciudad. Como hormigas, podían ver a la gente moviéndose por la metrópoli del recreo y la diversión. Vieron a hombres y mujeres, con sus ajustados y polícromos atuendos, sentados en las terrazas de los hoteles, mientras contemplaban las acrobacias de unos paracaidistas y veían las grandes pantallas de TV sobre las que los payasos hacían reír a los demás con ingeniosos chistes; y vieron una representación al aire libre de un *ballet* joviano, con la gracia de sus bailarinas de doce esbeltas piernas cada una, moviéndose sobre una superficie de mil metros cuadrados.

—¿Qué significa esto? —preguntó Loravain—. Es Argón.

—¡Cielos, va a desencadenarse una hecatombe! —exclamó Tarman, mirando con ojos muy abiertos la imagen que aparecía en la pantalla.

—¿Quién se lo ha dicho, señor? —inquirió Arthur, frotándose su ridículo y verde bigotito.

—Cela Movli… ¡Me temo que lo hará!… ¡Miren!

En la pantalla se vio surgir, de pronto, una lumifosforescencia. Las pequeñas hormigas que representaban a los turistas del cosmos paseándose por las avenidas de Argón se quedaron como en suspenso. Un fragor sordo empezó a surgir de los altavoces.

La fosforescencia se acentuó. Los tres cautivos de Ghini vieron correr a las gentes de Argón. El pánico se había apoderado súbitamente de todos; el fragor se hizo más intenso, más intensa la luz.

—¡No! —gritó Tarman—. ¡No matéis a Grajano! ¡Yo no soy el presidente de Venus! ¡Soy el actor Noel Tarman!

Mas la pantalla visora era ya como una roja llamarada. Un fragor de trueno apocalíptico ensordecía a los tres desconcertados espectadores. Y, en verdad, Arthur y Loravain no miraban ya a la pantalla, sino a Tarman.

—¿Qué dice usted? —preguntó Loravain.

—¡La verdad! ¡Yo no soy Grajano!

De pronto, Tarman se llevó las manos a la cabeza, lanzó un grito y cayó al suelo como fulminado.

* * *

—No, «Ogo» —decía Cela—, yo no puedo dejarme llevar por las pasiones de los hombres. No soy como ellos.

El androide que estaba ante Cela meneó la cabeza.

—Te equivocas. Eres igual que esa mujer, Loravain. Me refiero a lo externo e interno. Estás hecha como ellos, y sientes como ellos. ¡Aunque no quieras, Cela, eres humana! Habrás de dejar en otras manos la misión que te encomendó tu sabio padre.

—¿En las vuestras? —preguntó Cela.

—No tendrás más remedio.

—¿Y destruiréis a los humanos para imponer nuestras exigencias?

—No será necesario —respondió «Ogo»—. Sabemos muy bien que la violencia no conduce a ninguna parte.

—Quizás tengas razón, fiel criado —respondió Cela, pensativa.

—Los tres embajadores se han creído la destrucción de Argón… ¡Qué infelices! También creyó ese actor que nos engañaba con su comedia. Y no sabe que el único engañado ha sido él. ¿Por qué son así los humanos?

—Es la consecuencia lógica de su evolución histórica, «Ogo» —respondió Cela con desaliento—. Los hombres han vivido siempre en un ambiente de recelo y temor. Han de pasar muchas generaciones, bajo nuevas égidas, para que aprendan a no temer nada. No se han habituado a la idea de que la muerte es un camino natural de la vida. Hace muchos años, «Ogo», antes de que tú fueses construido, hablé con mi buen padre de todo esto. Yo creía que todos los humanos podían ser eternos.

—Ni siquiera las máquinas pueden ser eternas, Cela —dijo «Ogo».

—Yo lo soy.

—Tú sueñas, Cela. Mides mal el sentido de eternidad. Nada creado por el hombre puede ser eterno. He comprobado esto hace poco.

—¡No, yo soy eterna! Regenero mi organismo constantemente. Soy joven y tengo ciento cincuenta años. ¿Puedes negarme esto?

—Sí, Cela. Te equivocas al pensar en que vivirás siempre. Llegará un día, dentro de muchos millones de años, que tú también morirás. Y la eternidad estará muy distante aún… ¡Eso sólo le está permitido a Dios! Tú, en realidad, lo que haces es retener el progreso. Impides que los humanos vivan tanto como tú, porque tu idea de la grandeza del universo es pequeña. Crees, como creía tu padre, que si los humanos no murieran, llegarían a multiplicarse de tal modo que el universo sería pequeño. ¿Sabes exactamente el límite del universo?

—¡«Ogo», no me hables así! —gritó Cela, desolada.

—Tú me has dado inteligencia. Mi cerebro es perfecto. Nada lo entorpece, a menos que se produzca un cortocircuito, pero esto es poco probable. Y tu torpeza me ha inducido a revelarte mi mecánico modo de pensar. Yo no puedo dejarme influir por las pasiones, puesto que no me las habéis dado. Sé sincera contigo misma, Cela.

»Amabas a Noel Tarman desde que le viste por vez primera en tu pantalla de imagen remota. Supiste lo que iba a ocurrir cuando él

llegase aquí, fingiendo ser Grajano. Y, a pesar de todo, te has comportado como una niña.

»Ahora, has fingido destruir Argón, para crear un “clímax” en tus cautivos de la cámara «I». Pero no pudiste resistir la atracción de un beso.

—Por favor, «Ogo». No me atormentes más. ¿Qué quieres?

—Hacerte ver que no eres infalible. Eres fuerte y vivirás mucho, tanto como para imponer tu voluntad a los solares; pero no eres eterna. Debes irte con ese hombre y ser su compañera. Debes dejar que tu cuerpo envejezca con el suyo. Sé que te ama y tú le amas a él.

—¿Y mi sagrada misión?

—Nosotros la llevaremos a término. Podemos crear el robot perfecto, hecho con los materiales más duros e inoxidables. Él hará cumplir a los hombres sus leyes…

¡Y las cumplirán!

—Tiemblo al pensar en lo que sucedería si mis obras se rebelaran contra mí. ¿Imaginas lo que un androide perfecto puede hacer, «Ogo»?

—Un androide perfecto no puede tener fallos, Cela. De lo contrario no sería perfecto.

—Bueno, déjame recapacitar —concedió Cela—. Pensaré en todo lo que me has dicho. Ahora quiero seguir actuando un poco más ante ese actor. Ya te llamaré.

* * *

Cela utilizó una vez más su poder de transmutación para trasladarse a la cámara «I», surgiendo detrás del sillón donde estaba tendido Noel Tarman, al que atendían inútilmente Arthur y Loravain.

Ésta fue la primera en ver a Cela y retrocedió un paso.

—¿Usted? ¿Cómo ha llegado…?

—Puedo desaparecer en un lugar y aparecer en otro a voluntad propia, señorita Loravain. Poseo poderes que ustedes desconocen.

—¿Qué ocurrió en Argón?

—La ciudad del entretenimiento ha sido aniquilada. Y con ella han desaparecido sus habitantes —respondió Cela gravemente—.

No he tenido más remedio que hacerlo. Ahora, los gobernantes de la Unión Interplanetaria del Sistema Solar…

—Es Unión Planetaria —rectificó Arthur, muy comedido.

Cela miró al hombrecillo un instante y luego se acercó y tocó la cabeza a Tarman.

—Soy humana y también me equivoco… Este hombre debe ser operado. Tiene un minúsculo radioemisor en la cabeza. Todo cuanto dice y piensa es controlado a distancia.

—Antes de caer sin sentido dijo que era Noel Tarman, el actor —declaró Loravain.

—Es cierto. El presidente Grajano fue víctima de una conspiración y murió. Tarman, sin embargo, no lo sabía. Yo sí. Y le dejé fingir, para recrearme en su arte sublime. Sólo una vez en toda esta comedia ha estado a la altura de su genio. Y, por pudor, no puedo decir a usted cuándo ha sido eso. Ahora, permítanme que me lleve a Tarman. Quiero devolverle a su verdadero ser. La comedia, por lo que a mí respecta, ha terminado.

—¿Y qué haremos nosotros?

—Me temo que pronto volveremos todos a la Tierra… Es posible que yo también vaya con ustedes. Depende de mi charla con Noel Tarman.

—¿Y qué sucederá? —preguntó Loravain—. Se someterán los gobernantes de la Unión Planetaria, ¿verdad?

—No tendrán más remedio. En realidad, mis amables huéspedes, yo también estoy sufriendo una transformación. Me encuentro en el período más crítico de mi existencia y mis convicciones más firmes se tambalean; pero saldré airosa de la prueba.

Cela hizo un gesto, y dos androides aparecieron en la puerta, como por ensalmo.

—Llevad a este hombre a mi laboratorio.

Los hombres-máquinas avanzaron, levantaron con facilidad el cuerpo inconsciente de Noel Tarman y se lo llevaron al exterior. Cela se quedó ante Arthur y Loravain.

—Sé lo que piensan ustedes, lo que son y lo que se proponen. Cuando entraron aquí, quedaron dormidos y registré su cerebro. El de Noel Tarman se nos escapó en parte, porque luchó contra los influjos hipnóticos, lo cual demuestra que no tiene un cerebro corriente. También sé lo que piensa mucha gente en sus mundos

distantes. Por esto voy a decirles algo: Ustedes dos volverán a la espacionave «Somoa» y regresarán al Sistema Solar. Informarán de lo que ha ocurrido aquí y de lo que han visto… ¡Pero guárdense bien de decir que Grajano no es Grajano! ¡Este secreto me pertenece!

»Puede que nos volvamos a ver en la Tierra, y puede que no. De lo que sí estoy segura es de que los gobernantes de esa unión de planetas, accederán a las exigencias que les envié.

—¿Y si no acceden?

—Sufrirán la misma destrucción que Argón. Y tengan ustedes bien presente una cosa: la destrucción de Argón que han visto en la pantalla, no está filmada en el momento presente, ni en el pasado.

»¡Es una visión del futuro! ¡Es lo que ocurrirá si no accede a mis demandas!

—¡Cielos! —exclamó Arthur—. Yo terminaré loco, si es que no lo estoy ya. ¿No le pasa a usted lo mismo, señorita Loravain?

—No, señor Arthur —respondió, con despecho, la neptuniana—. A mí, las argucias de una mujer enamorada no me impresionan… ¡Le deseo mucho éxito, Cela Movli! Si nos llegamos a ver en la Tierra, no se sentirá usted tan segura de sí misma.

—Estoy convencida de que nos veremos, Loravain —respondió Cela—. Y mucho me temo que será en igualdad de condiciones.

—Ojalá —terminó Loravain con un brillo inusitado en los ojos.

CAPÍTULO VI

espués de operar a Noel Tarman, para retirarle el radioemisor del cráneo, y hacerle la cirugía estética, de acuerdo con las fotografías que tenía del verdadero Tarman, Cela Movli se sentó en su reclinable.

Durante más de una hora estuvo contemplando el cuerpo semidesnudo del actor, extendido sobre la superficie muelle de la mesa de operaciones, y su mente se puso a reflexionar.

Llegó a la conclusión de que estaba enamorada del famoso actor. Le amó, tal vez, la primera vez que le vio en sus pantallas de control remoto. Era un hombre admirable. Y por este motivo quiso fingir ante él, al saber que Grajano y Tiu Odaka habían decidido enviar a Tarman como embajador.

El resto se confundía con las emociones de Cela. Algo se había desequilibrado en ella en el mismo instante en que vio a Tarman. Ya no pudo coordinar bien y su plan salió como si estuviera representando una comedia que no había sido escrita.

«Ogo» se había dado cuenta y no le ocultó la verdad, aprovechando la coyuntura para exponer sus propias ideas. ¡Qué perfecto era «Ogo»! ¿Tenía razón en sus teorías? ¡De ser así, Cela no tenía más remedio que admitir que el androide era más perfecto que ella misma! Y esto, ¿cómo era posible?

Hubo un zumbido en el laboratorio y Cela se volvió hacia la invisible puerta. Se descorrieron dos paneles metálicos y «Ogo» entró con paso mesurado.

—¿Qué hay, «Ogo»? —preguntó Cela, dirigiéndose a su fiel servidor.

El robot miró la mesa de operaciones, donde yacía el inconsciente Noel Tarman, y luego miró a la mujer.

—Los consejeros Loravain y Arthur han partido hacia su cosmonave. Les he facilitado equipos de nuestra técnica, como dijiste. Llevan un «Adexo», un «Computador-Iota», un rayo «Azul» y varios modelos de robots.

—Bien, «Ogo». Los gobernantes de la Unión Planetaria Solar ya tienen en qué pensar.

—¿Y tú, piensas todavía en ir a la Tierra?

—Sí. Quiero ver los acontecimientos desde el punto de vista de los humanos. En realidad, soy como ellos. Noel Tarman vendrá conmigo.

—Y… ¿volverás?

—No lo sé, «Ogo». Depende de él —Cela señaló con la mano a Tarman— Tengo la sensación de ser su esclava.

—Es curioso el amor de los humanos. Tendré que estudiarlo.

—Más curioso es su odio… ¡Y mucho más peligroso!

«Ogo» guardó un instante de silencio, tal vez, buscando entre sus células hipersensoriales algo parecido al odio. Y como no lo halló, recurrió a su juicio electrónico.

—¿Qué se propone Tiu Odaka con su conspiración? —preguntó.

—En primer lugar, desea ser el presidente de la Junta de Gobierno de Venus. Luego aspira a unir a los mundos de otro modo, no con alianzas, sino bajo una tiranía interplanetaria. Él aspira a dirigir todos los mundos, ser el hombre más poderoso…

—¿Para qué?

—Por el simple deseo de poder. Es un mal que anida en muchos corazones humanos.

—¿Y en el tuyo no?

—No, «Ogo». Quizás, al redactar mis exigencias, me dejé llevar por algo semejante. Tú me volviste a la realidad y te lo agradezco, «Ogo».

Ninguno de los dos se había dado cuenta de que Noel Tarman había recobrado el conocimiento y, además de verse en el pulido cristal de la pantalla reflectora que tenía encima, escuchaba la interesante conversación.

—¿Eres lo que se dice una buena mujer?

—Eso creo. Mis padres fueron buenos y yo debo ser igual que ellos por herencia genética.

—En tal caso, preveo que te ocurrirán muchas cosas malas en cuanto te apartes de nosotros y vayas a mezclarte con tus semejantes.

Noel Tarman contuvo el aliento, escuchando intensamente la voz metálica de «Ogo» y la voz agradable y fatigada de Cela.

—Mi caso no es el mismo, «Ogo», pero podría explicarte la historia de Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre.

—¿Le mataron los hombres, verdad?

—Sí —respondió Cela—. Eso sucedió hace veintitrés siglos. Pero yo no voy a la Tierra a redimir a nadie. Es más, en cuanto me sienta en peligro, te avisaré.

—¿Y qué esperas de nosotros?

—Espero la invasión de todo el Sistema Solar y el desarme de la fuerza pública.

—¡Eso podría significar derramamiento de sangre! —exclamó el androide.

—Emplearéis cargas regeneradoras en vuestras armas. Así nadie morirá. Es preciso dominarlos sin daño. Los caídos se regenerarán a los pocos días, cuando ya esté dominada la situación.

—Comprendo. Pero puede ocurrir que Tiu Odaka tenga otros planes de los que nosotros no estemos al corriente. ¿Y si surge lo imprevisto?

—Lo imprevisto costó la vida a mi padre, a mi madre y a toda la colonia de Ghini. Contra ello nada podemos hacer. Pero no olvides que lo imprevisto no puede venir de los hombres. ¿Me entiendes?

—Perfectamente, Cela. Con tu permiso, me retiro. Seguiré dando instrucciones.

—Vete, «Ogo». Y cumple bien.

Salió el androide, y Cela quedó a solas con el actor, quien fingía estar inconsciente. Sin embargo, a los pocos minutos, empezó a dar señales de vida, agitándose y murmurando unas palabras incoherentes. Cela se levantó y se acercó a él, para examinarle el rostro que ya estaba completamente «cicatrizado». Le tocó la piel y le abrió los párpados. Luego, tomó un frasco de un anaquel y vertió parte de su contenido en un vaso de aceroglás. Lo mezcló con otro líquido incoloro y le dio a beber al postrado Tarman. La reacción fue casi inmediata.

Noel Tarman se incorporó en la mesa y miró a Cela.

—¿Qué ha ocurrido?

—Has recobrado tu verdadera personalidad, Noel. Tu representación ha terminado.

El actor bizqueó y dijo:

—¿Ya no soy Grajano?

—No. Grajano ha muerto.

—¡Tú le has matado, al destruir Argón! —Tarman se puso en pie de un salto y se encaró con Cela, agarrándola por los hombros.

—No —ella negó con la cabeza, sumisamente—. Yo también he formado parte de la comedia, Noel. Pero no actuábamos nosotros solos. Habían otros actores, como Grajano, Tiu Odaka, el consejero Brisbane…

Ahora fue Tarman quien negó enérgicamente:

—No. Mientes. Has estado mintiendo desde que llegué aquí… ¡Oh, Cela, dime la verdad!

La mujer se lo explicó todo, de cabo a rabo, sin omitir ni un detalle. Terminó diciendo:

—Pese a todas vuestras argucias, siempre estuve enterada de todo. Mis máquinas trabajan con una perfección inimitable y me avisan de todo por medio de influjos telepáticos… ¡Ahora mismo, una de mis máquinas me advierte de que un pensamiento turbio se forma en tu mente! ¿Has oído lo que hablé con «Ogo»?

Noel bajó la cabeza.

—Sí, no he podido evitarlo… ¡Pobre Grajano! ¿Quién iba a suponer que todo era un complot de Odaka?… Si todo lo que has dicho es cierto, ese miserable merece ser empalado. ¿Y Argón no ha sido destruido? Vimos una imagen real…

—No. Argón no ha sido destruido. Te engañé, para impresionarte. No soy una genocida. Esa imagen fue captada por nuestras cámaras del futuro. Creemos que algún día, tampoco podemos precisarlo, alguien hará estallar una bomba de atenio en el centro de la urbe. Recogimos esa filmación por casualidad en el laboratorio del tiempo.

Noel Tarman estaba atónito e incrédulo.

—Entonces, ¿podéis ver lo que va a suceder?

—Todavía no. Trabajamos en ello, pero hemos de salvar obstáculos enormes. Tengo más de un millón de máquinas trabajando en eso día y noche, y creemos pisar terreno firme. Puede que algún día se consiga, como ya hemos conseguido recoger las imágenes del pasado.

—¡No!

—Sí, la historia puede ser seguida hasta los principios de las épocas pérmicas, en el primario. Y hemos descubierto, siento desilusionarte, que muchas facetas de la historia del hombre han sido metamorfoseadas por la leyenda. Nuestras máquinas están siguiendo ahora, paso a paso, segundo por segundo, los movimientos de los grandes hombres de la historia; escudriñamos, incluso, sus pensamientos y leemos en ellos, corrigiendo aberraciones y cambios que, debido a falsas interpretaciones, escribieron los historiadores y luego filmaron los cineastas. Por ejemplo, la historia del descubrimiento de América está falseada en su mayor parte, así como la verdadera historia de África. Pese a los medios de difusión y prensa con que contaban ya en el siglo XX, la verdad jamás llegaba clara al público.

—Es fantástico —dijo Noel—. Así, ¿podemos ver lo que sucedió en verdad en el proceso de August Movli?

—Eso ya lo he hecho yo. Y declaro que a mi padre se le hizo una injusticia. Puedes verlo ahora mismo. Esas pruebas las llevo conmigo a la Tierra para que las examinen los jueces. Y también puedo revelar lo que han hecho muchas personas que ostentan altos cargos para lograr conseguirlos. Por ejemplo, la señorita Loravain mató a su primer marido, el famoso
Ugh-Arpa
de Kramo (Júpiter), fingiendo el accidente de caza que todos conocen. Luego, con el nombre y el prestigio de él, inició su

campaña política. Puedes ver cómo era antes de ser operada: ¡verdaderamente horrible y muy poco seductora!

—¿Por qué me dices esto? Loravain no me interesa.

—¿De veras? —sonrió Cela—. Los hombres sois muy extraños.

—¿Y has visto mi vida? —preguntó Noel, inquieto.

—Toda. Desde antes de tu nacimiento, incluso.

Noel Tarman, reclinándose en la mesa de operaciones, se sonrojó y bajó la mirada al suelo.

—Sí, tienes bastantes defectos, Noel. No me gustó nada la acción que le hiciste a tu padre…

—¡Necesitaba el dinero para emprender mi carrera artística! —gritó Noel—. Y luego se lo devolví con creces. Le di mil por uno.

—Lo sé. Pero robaste los ahorros de tu padre. Por no pagar sus deudas hubo de ir a prisión.

—¡Pobre padre mío! —exclamó Tarman con acento desgarrador, y, quizá, por vez primera en su vida, no fingía—. Lo supe después.

—¡Y secuestraste a un primer actor, en Madrid, para representar su papel en la obra «El cobarde», de Mark Bergner! —exclamó Cela, sonriendo.

—Necesitaba aquella oportunidad… ¡Oh, Cela, tu descubrimiento es tremendo! Si cae en manos de gentes desaprensivas, el universo puede trastocarse.

—No lo creas. Mi invento se llama «Adexo» y sólo es utilizable con un «Cerebro legal». Ésta es la utilidad práctica que le hemos de dar, para la aplicación de la justicia. He vivido muchos años con el pesar de lo que sufrió mi padre y por eso he inventado el modo de que no se cometan más injusticias. Todos los pleitos que examine un cerebro legal constará de dos partes: el demandado y el demandante. Cada uno expondrá su caso. El «Cerebro legal» recurrirá al «Adexo» y se hurgará en el pasado de ambos litigantes. Al conocerse la verdad, la máquina fallará y le dará la razón a una de las partes. Pero nadie sabrá jamás la causa, a menos que tenga la conciencia tan limpia que a un hombre no le importe exponerla en público. Si así lo desea alguien, el «Adexo» revelará su vida totalmente o en parte.

—¡Eso es fantástico! —exclamó Tarman—. Ahora comprendo por qué no querían en la conferencia de la Tierra que se aceptasen tus exigencias. Un «Cerebro legal» no iba a perjudicar el principio

de la ley, desde luego; pero muchos temían que sus actos inicuos quedaran al descubierto.

—En efecto, Noel —admitió Cela—. Pero, lo quieran o no, implantaré en el universo mis «Cerebros legales». Para eso me he preparado durante años. Y dispongo de androides y de armas suficientes para que me acaten. Antes, sin embargo, iré yo misma a la Tierra y me oirán en la Conferencia Interplanetaria.

—¡Ya lo creo que sí! Yo te apoyaré.

—No olvides que ya no eres Grajano. Como no me gusta jugar con ventaja, te he vuelto a tu ser verdadero. Pero Tiu Odaka sigue siendo un peligro… ¡Si pudiéramos saber lo que trama!

—No te importe. Tiu Odaka está vencido. Necesitamos una proyección de su vida.

—La tendré dispuesta, Noel —Cela extendió la mano y las yemas de sus dedos rozaron los del actor.

—¡Eres maravillosa, Cela! De verdad, ¿cuántos años tienes?

—Veinte, mi vida —respondió ella—. Veinte cumplí hace un par de semanas… Ahora, si no te apartas de mi lado, me verás ir envejeciendo poco a poco. He comprendido cuál es mi verdadera misión en este mundo. Si deseo conseguir algo a largo plazo y se me acaba la vida, mis descendientes lo harán por mí…

¡Hemos de dejar la semilla de nuestras vidas!

—¡Sí, cielo mío! Tienes razón.

* * *

El Marruecos del siglo XXIII no era lo que había sido antes. Rabat era una ciudad de veinticinco millones de habitantes y cubría una extensión de cincuenta kilómetros cuadrados, casi colindando con su homóloga, la ingente Casablanca.

En Rabat, precisamente, estaba el Centro Quinquenal de Conferencias de la Unión Planetaria. Y allí se debatía aún la cuestión dejada pendiente hasta el regreso de la embajada especial de Grajano a Ghini.

Ahora, los consejeros Arthur y Loravain presentaban su amplio informe, muy distinto uno de otro, con el consiguiente desconcierto de los gobernantes, porque Loravain decía, en términos generales, que Grajano había sido asesinado por Noel Tarman, y éste ocupaba

su puesto en Ghini, habiéndose enamorado de Cela Movli, con la cual estaba en complicidad para dominar el universo.

Esta acusación era aterradora.

La de Arthur, muy moderada, decía sencillamente lo que él había visto.

El fuego de la polémica llegó después, cuando los oradores iniciaron sus discursos, apoyando unos la tesis de Loravain y otros, muy pocos, la de Arthur. En verdad, muchísimos más, entre jefes de gobierno y jefes de partido, prefirieron abstenerse. La opinión de éstos últimos era:

—Es preferible tener paciencia y esperar a que Grajano informe.

—¡Grajano murió asesinado! ¡Es Noel Tarman quien le sustituye! —vociferó Loravain a todos los micrófonos que le pusieron delante.

Y su voz llegó hasta Argón, en Venus, donde Tiu Odaka encontró una aliada, no tardando en ponerse en contacto con ella, para celebrar una entrevista fin un viejo satélite artificial abandonado en torno a la Luna.

Loravain no tardó en encontrar en Tiu Odaka, un alma gemela. Ambos se complementaban perfectamente y trazaron un plan de acción en el que el dinero de Odaka iba a jugar un importante papel.

—Tú hablas y mi dinero te secundará. Hay que cerrar la boca a ese Arthur. Además, yo declararé lo que pasó en mi propio despacho, entre Tarman y el presidente Grajano. También diré que Tarman y el consejero Brisbane asesinaron a Grajano, y luego efectuaron la suplantación.

—¡Con eso tenemos ganada la partida, Tiu! Arthur irá preso a Mercurio, y si vuelve Tarman…, ¡será lapidado por sus admiradores!

—¡Qué triunfo!

Así tramado el complot, los dos conjuradores quedaron en verse pocos días después en Rabat.

* * *

Mientras, en una calurosa noche estival, una pequeña astronave oscura, que repelía y engañaba a las ondas de radar, se posaba en una playa marroquí, en las que las aguas del Atlántico rompían

plácidamente.

Al detenerse sus silenciosos motores, se descorrió una cavidad metálica, y surgieron dos figuras, sentadas en un autobólido anfibio. Inmediatamente, la cavidad volvió a cerrarse, y la astronave se deslizó hacia las oscuras aguas, no tardando en desaparecer bajo ellas.

En el autobólido, vestidos como simples terrestres, viajaban Noel Tarman y Cela Movli, la cual regresaba a la Tierra después de ciento cincuenta años dedicados al estudio y a la investigación.

—Iremos a un sencillo hotel y nos hospedaremos como el señor y la señora Emerson, americanos en viaje de novios —propuso Noel.

—Sólo necesitamos un poco de tinte. Ante la gente cambiaremos un poco la expresión, arqueando las cejas, hinchando las mejillas y tensando las aletas de la nariz con pinzas interiores. Será más que suficiente.

Antes de abandonar la playa se tiñeron la piel y ensayaron un poco, quedando ambos satisfechos de sus retoques. Luego, con las luces apagadas, se dirigieron hacia la autopista magnética de Casablanca y, un cuarto de hora después, transitaban por las amplias y semidesiertas calles de Rabat.

Nadie les molestó, aunque, cuando estaban examinando una guía luminosa de hoteles, en una gran fachada, a la entrada de la metrópoli, alguien los enfocó con un teleobjetivo, retratando sus movimientos.

Aquel «alguien» era un agente de policía del Servicio de Identificación, que cumplía su rutinario servicio de controlar a distancia a todos los forasteros llegados a la urbe, precisamente por estar celebrándose en Rabat la Conferencia de la Unión Planetaria.

La película fue transmitida en el acto a las oficinas centrales y, allí, examinada por técnicos. Aquél había sido el primer error de Noel Tarman y Cela Movli, los cuales se hallaban poco después en el vestíbulo del «Hatma Hotel», pidiendo alojamiento, cuando en la calle se detuvieron tres silenciosos autobólidos de la policía.

Una vez acordonado el edificio, los agentes entraron en el vestíbulo.

Noel y Cela se volvieron y se encontraron encañonados por más de diez desintegradores de escasa potencia, pero cuyas descargas habrían sido suficientes para que tanto Cela como Noel no volvieran

a verse jamás, ni ayudados por la cirugía.

—¡Quietos, no se muevan! —exclamó el jefe de la policía—. Un movimiento en falso y será el último que hagan. Alí, espósales.

—¡Eh, alto! —exclamó Noel, en inglés—. Ustedes se equivocan. ¿A qué viene este ultraje?

—Se lo diremos en el Departamento de Orden Público, señor Tarman.

—Mi nombre es Emerson, y ésta es mi esposa.

—La señorita no sabemos aún quién es. Pero usted es Noel Tarman, y, de momento, hasta que decida la Junta de Gobierno o la Conferencia de la Unión Planetaria, quedarán detenidos.

—¿De qué me acusan?

—Nada, poca cosa… —replicó el jefe de policía con reticencia —. Simplemente, de haber asesinado al presidente Grajano… ¡Creo que le darán un premio, gran actor!

El jefe de policía dejó escapar una carcajada.

CAPÍTULO VII



a prisión subterránea de Rabat era un lugar casi inaccesible. El único modo de entrar o salir de allí era un ascensor neumático controlado desde el Departamento de Policía por medio de cámaras de TV, de circuito cerrado. Un procedimiento antiguo, pero eficaz.

Y a aquel submundo, iluminado por luz artificial, fueron conducidos Cela y Noel. Al detenerse el ascensor, a quinientos metros de profundidad, se les acercó un delegado de la junta de cautivos.

—Sed bienvenidos. ¿Sois matrimonio? —preguntó.

—Pues… —empezó a decir Noel.

El preso bajó la voz y dijo:

—Os conviene decir que estáis casados. Aquí nadie se preocupa de averiguarlo. De este modo podéis estar juntos. De lo contrario, esta monada no duraría mucho sola.

—¡Si, sí! —se apresuró a decir Cela—. Estamos casados.

—Bien. Venid, pues, al departamento de los «tórtolos». Tenéis dinero, ¿verdad?

—¿Dinero?

El asombro de Cela no pasó inadvertido para el delegado de servicio, cuyo ceño se frunció ostensiblemente.

—¿De dónde habéis venido vosotros? ¿Os habéis caído de una estrella? Aquí se viene con dinero…

—¡Pero si nos han traído sin querer nosotros! —explicó Noel Tarman.

—¡Vaya chiste! —repuso, el otro—. ¿Crees que yo estoy aquí por voluntad propia? Soy desvalijador de autobólidos y me pillaron «in fraganti», sino… ¡Vamos, que a buena hora estaría yo en «El Pozo»!

Avanzaban por una amplia galería, con paredes de cemento, hacia el centro de la prisión, en la que se oía un gran estruendo.

—Los «huéspedes», aquí, son un poco ruidosos. Tenéis que acostumbraros. ¿De qué se os acusa?… Es para el registro interior. Podéis decir lo que os venga en gana. A nosotros nos es igual.

—Usted, ¿por qué está aquí? ¿Por robar?

—¿Yo? ¡Ah, sí! Pero no en el sentido malo del acto. Hay gentes descuidadas que dejan en sus vehículos cosas que están pidiendo a gritos que alguien se las lleve… Olvidé decirles que mi nombre es Guill-Aube.

—El mío es Noel Tarman. Soy actor.

Guill-Aube soltó una carcajada.

—¡Claro que sí! A eso le llamamos aquí suplantación. Y en el argot se llama «trasplante»… ¡Muy divertido!

Cela apretaba los labios, sin decir nada.

Llegaron al centro de la prisión y el delegado les condujo a una oficina en la que había una docena o más de individuos patibularios que jugaban con una máquina electrónica. El dinero abundaba sobre la mesa, y el griterío de todos, golpeando la máquina con los puños era espantoso.

—Habremos de servimos nosotros. Hoy, está la cosa algo confusa —dijo Guill-Aube—. Esperad aquí. Vuelvo en seguida.

Se abrió paso entre los hombres y se dirigió a un archivo automático. Pulsó una palanca y se encendieron algunas luces de su panel de control. Luego, con una tarjeta en la mano, regresó a la puerta.

—Ya está. Departamento «C», «*suite*» 114… Es un lugar monísimo, con dos literas de gomaespuma. El matrimonio que lo ocupó hasta ayer salió para el incinerador.

—¿El incinerador? —preguntó Noel.

—Bueno. Los condenaron a muerte. Los pobres habían estrangulado a un sobrino y querían apropiarse de una cuantiosa herencia. Pero no tuvieron suerte. El sobrino, fue reanimado, o «resucitado», como decimos aquí, y lo contó todo… Venid conmigo.

Del centro circular partían diez galerías hacia los extremos y de todas ellas surgía un endemoniado escándalo, como si cinco o seis mil personas estuvieran discutiendo acaloradamente.

—¡Esto es para volverse loco! —exclamó Noel Tarman.

—Ya os acostumbraréis. Aunque, el que desea dormir sólo tiene que cerrar la puerta y en paz.

Penetraron en una larga galería en cuyo dintel se veía pintada una gran letra «C», y avanzaron bacía el fondo. De una puerta abierta surgió, de pronto, un hombre de ropas desgarradas. Detrás de él, surgió otro que empuñaba el gollete de una botella.

Cela lanzó un grito al ver los cristales cortar la cara al que había salido primero.

—¡Te voy a desfigurar, cochino!

—No hagáis caso. Mañana volverán a ser tan amigos. El herido pasará la noche en la enfermería y le arreglarán la cara. Esto es muy frecuente… ¡Vean, ya se lo llevan!

En efecto, de otras celdas salieron varios individuos, hombres y mujeres; algunos levantaron al herido y se lo llevaron hacia el centro de la prisión subterránea.

—¡Esto es horrible! ¿Qué clase de gente es ésta?

—Aquí hay de todo. Delincuentes profesionales y accidentales. Muchos están de tránsito. Dentro de poco serán enviados a Mercurio o a Júpiter. Si los unos estarán calentitos, los otros estarán helados. En cambio, muchos sabemos el modo de quedamos aquí hasta que nos sueltan. Y, comparado con aquello, la verdad, prefiero más esto. Aquí tenemos libertad absoluta…

—¡Pues yo cambiaré todo esto! —prorrumpió Cela de improviso.

—¿Tú vas a cambiar esto, preciosa? —rió Guill-Aube—. Lo que debes procurar es que no te cambien a ti. No vienen mujeres tan bonitas como tú y eso será un problema para tu marido. No dudo

que sea fuerte, pero aquí los hay mucho más.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Noel Tarman.

—Nada, nada… Ya lo veréis… ¡Ah, ése es vuestro «nido»! Podéis cerrar la puerta por dentro, pero no olvidéis que se puede abrir desde la oficina de control. A veces, ocurre que algún miedoso no quiere salir, y entonces hemos de sacarle. Nos conviene mantener el «statuto quo». Hay tipos que, para no ir a Mercurio, se agarran a la cama y hemos de emplear la violencia para arrancarlos.

La puerta estaba abierta. Noel y Cela pudieron ver una estancia reducida, con dos literas, un lavabo y un evacuador, al que cubría una cortina. Al fondo, sobre un anaquel que no contenía nada, había una chapa metálica.

—Eso es la ventana mágica. Por ella se os puede llamar desde el exterior. Sólo lo hace la policía, naturalmente, para dar algún disgusto. Quiera Dios que no se abra para vosotros.

—¿Y qué comemos? —preguntó Noel—. La policía no nos ha dado nada.

—Mañana temprano se os dará vuestra ración de píldoras. No podréis echar grasa, pero tampoco os moriréis de hambre… ¡Para lo que se hace aquí! Bueno, he de volver a continuar mi partida de «póquer-trunk». Si os interesa el juego, id a buscarme al centro. Os puedo prestar algún dinero… ¡Adiós, Noel Tarman!

Y Guill-Aube se alejó riendo.

Cela y Noel entraron en la celda y cerraron la puerta, Un curioso pestillo, que podía ser cerrado desde adentro y abierto por control remoto, les aisló del resto de la anárquica prisión.

—Bueno —exclamó Noel, volviéndose a Cela—, parece que no hemos tenido suerte.

—¡Este lugar es horrible! —respondió ella, dejándose caer sobre una litera—. Hemos de salir de aquí.

—Sin el permiso de la policía, nadie puede salir de este lugar.

—Pero no puedo permanecer aquí, cruzada de brazos, mientras nuestros enemigos encuentran el modo de librarse de nosotros.

—Ahora, la policía avisará al gobierno. En la Conferencia de la Unión Planetaria se hablará de nosotros, habrá una votación y…

—¡Decretarán nuestra muerte! —terminó Cela—. He de avisar a «Ogo» para que intervenga.

—¡No, espera! Apuremos les últimos recursos antes de hacer eso.

Ten en cuenta que, si llegan tus robots, puede ocurrir una hecatombe.

—Mis máquinas tienen suficiente juicio para no matar.

—Si, pero no los hombres. Temo lo peor para la humanidad. Algún necio cobarde puede hacer estallar los depósitos de explosivos atómicos y…

—Ya he pensado en eso. Los puntos neurálgicos de todo el Sistema Solar serán los primeros en ser utilizados. «Ogo» tiene un esquema completo de la «Operación Invasión». Lo preparamos todo hace tiempo. No tengas cui…

La puerta se abrió bruscamente, accionada a distancia. Ninguno de los dos se había percatado del silencio que se extendió por la prisión. Y en el dintel apareció un grupo de hombres de lo más patibulario que Noel Tarman había visto en su vida.

—¡Vaya, vaya! —exclamó uno de ellos, cuya mirada salvaje envolvió a Cela—. Guill-Aube tenía razón… ¡Es una monada la chica!

—¡Tú primero, Rol! —dijo otro—. Y después, yo.

—No. Yo soy el segundo —habló un tercero.

—Silencio —rugió el llamado Rol, dando un paso adelante.

Cela retrocedió instintivamente y Noel Tarman se adelantó.

—¿Qué quieren ustedes?

—¡Quítate de en medio, microbio! ¡Venimos en busca de la chica! No temas, te dejaremos algo.

—¡Nadie tocará un solo cabello a esta mujer! —gritó Noel, no muy seguro de sí mismo.

—¡Puaf! —rugió el robusto y bestial Rol—. Quítate de delante o te aplasto.

El compacto grupo que había en la puerta empujó hacia el interior de la reducida celda. Rol y sus seguidores se acercaron a Noel, y las manos se extendieron hacia él.

—¡Atrás, fuera de aquí! —rugió el actor, lanzándose al ataque.

Sus puños golpearon a Rol y fue como si hubiera golpeado un muro de cemento. El gigantón, sin dejar de reír, apartó los brazos de Noel y dejó caer su puño derecho sobre la cabeza del actor, a modo de maza.

Fue suficiente.

Noel se desplomó igual que si le hubiera caído encima una casa.

—Anda, ven con el buen Rol, hijita —habló el agresor, extendiendo sus manazas hacia Cela, quien se había acurrucado en el fondo de la litera—. Soy algo tosco, pero mis caricias son miel… ¡No empujéis vosotros!

—¡No me toque! —chilló Cela, a la vez que formulaba un pensamiento de auxilio.

Y cuando las manazas de Rol se cernían sobre ella, la luz se apagó de repente. La muchacha aprovechó la oportunidad para escabullirse, saltando de la litera y yendo a refugiarse debajo de la otra.

Los reniegos y maldiciones de aquellos individuos llenaron la prisión subterránea. Durante unos minutos, el más caótico desconcierto reinó dentro de la celda.

—¡No dejadla salir! ¡Encended algo, bestias! ¿Quién ha cortado la luz? ¡Esto no había ocurrido nunca!

—¿Qué sucede? ¡Aaay! ¡Que soy yo, idiota!

—¡Dejadme salir! —gritaba otro.

Quizás, el más magullado de todos fue Noel Tarman, a quien pisotearon salvajemente en medio de la confusión. Sin embargo, el actor no sintió nada. Estaba inconsciente a consecuencia del golpe recibido.

Un minuto después, se hizo la luz y los energúmenos se miraron unos a otros. Rol lanzó un bufido.

—¿Dónde está la chica?

¡Cela Movli había desaparecido! No estaba en la celda, ni tampoco en la galería. Parecía haberse esfumado. Y por mucho que aquellos hombres la buscaron, no la hallaron por parte alguna.

* * *

En aquel mismo instante, Cela Movli aparecía en Ghini. Su poder de transmutación, basado en una complicada ciencia y ejecutado por una máquina en la que habían trabajado centenares de robot durante más de cien años, la había trasladado a bastantes años luz de distancia. La transmutación de la energía no era un secreto para Cela Movli, pero los presos de «El Pozo» vieron en aquello un arte mágico.

Una vez convencidos de que Cela no se había ocultado en

ninguna parte, los cautivos, dirigidos por el salvaje Rol, fueron a ver a Noel Tarman.

Le reanimaron y, con cierto temor, le preguntaron:

—¿Dónde ha ido la muchacha? ¿Quién es? ¿Y quién eres tú?

Mirando con odio a Rol, Noel respondió:

—Habéis cometido la mayor torpeza de vuestras vidas. Esa mujer es Cela Movli, la dueña del Cosmos.

—¿Qué? ¡Oye, déjate de chifladuras! —habló Guill-Aube.

—Desembucha o te abrimos la testa, infiel —rugió Rol.

Mientras se incorporaba sin dejar de acariciarse la cabeza, Noel se enfrentó al grupo de sujetos patibularios.

—Os lo contaré, pero no me vais a creer. En primer lugar, porque os supongo aislados del mundo y no sabéis lo que ocurre afuera.

—Yo llegué aquí ayer y estoy tan enterado como tú de cuanto ocurre fuera —habló un individuo pequeñito.

—Pues diles a tus amigos que no miento. Soy Noel Tarman, el actor… ¡Miradme bien! Me he pintado el rostro, pero soy el mismo. Fui enviado a sustituir al presidente Grajano en la embajada de Ghini. Pero todo era un complot del productor teatral Tiu Odaka, quien mató al presidente Grajano y me culpó a mí de su muerte…

Noel Tarman siguió hablando al grupo de estupefactos presidarios. Todos le escuchaban en silencio, pendientes de sus gestos, de sus palabras. Jamás habían visto aquellos hombres a un personaje como Tarman, y el influjo que emanaba del gran actor les tenía a todos subyugados.

Al terminar su relato, el hombrecito recién llegado dijo:

—Hay mucha verdad en todo eso. Precisamente, la Conferencia de la Unión Planetaria está reunida aquí, en Rabat, para solucionar el problema.

—¿Qué problema? —preguntó Rol.

—El planteado por los «ghinies» —respondió el hombrecito.

—A ver si nos entendemos. Los «ghinies» son máquinas, y a estas máquinas las manda esa chica… ¿Cómo se llama?

—Cela Movli.

—Eso… Cea Movli. Y quiere que los gobiernos del Sistema Solar acaten sus exigencias. ¿No es así?

—Sí —contestó Tarman.

Rol se rascó la cabeza. Luego dijo:

—Eso que has explicado de los «Cerebros legales» que desea imponer está bien. Una máquina no tiene amigos. No es que yo diga que si me juzga una máquina de ésas voy a salir convertido en un santo… Pero hay gente peor que yo por esos mundos, y gozan de buena posición. ¡Vaya, que me gusta! ¿Qué os parece a vosotros?

—A mí también.

—Cela Movli quiere implantar ese procedimiento porque su padre fue víctima de una injusticia. Le culparon de algo que no había hecho —explicó Tarman.

—¿Y por qué no hace su hija igual que el Conde de Montecristo? —preguntó Guill-Aube.

—¿Y ése quién es?

—Un tipo al que hicieron una faena semejante. Pero él se fugó de un viejo castillo, encontró mucha pasta, y luego volvió en busca de los que le habían quitado la hembra…

—Cela Movli no puede hacer eso —intervino Tarman—. Los que juzgaron a su padre murieron hace más de cien años.

Rol frunció horriblemente el ceño.

—¿Más de cien años?… ¡Y vive todavía la hija de este hombre!

—Cela Movli tiene ciento cincuenta años, aunque aparente tener veinte. Su ciencia es tanta que puede vivir eternamente.

—¡Bah! —exclamó Rol— Tú estás chiflado y quieres tomamos el pelo… Andando, chicos; vámonos de aquí y olvidemos este lío… ¡Lo que nos faltaba en «El Pozo» es este loco!

Los cautivos salieron de la celda dejando solo a Noel Tarman. Pero no estuvo mucho tiempo sin compañía. Nada más había hecho que cerrarse la puerta, cuando, al volverse, Tarman se encontró ante Cela Movli, que estaba sentada en su litera, sonriendo.

—¡Cela, mi vida!

—No podía quedarme aquí. Esos salvajes me habrían destrozado.

—¿Dónde has estado?

—En Ghini. He dado órdenes para la invasión total del Sistema Solar. Dentro de unas horas, mis máquinas ocuparán los planetas.

—¡Oh, eso es terrible!

—Es la única solución. Noel —respondió ella, dejando de sonreír —. Nos sacarán de aquí e iremos a la Conferencia de la Unión

Planetaria. Allí obligaré a todos a oírme y diré verdades como montañas. He pensado castigar a Tiu Odaka y a Loravain. A los demás pecadores les daré la oportunidad de rectificar. Todo el que se haya enriquecido ilegalmente renunciará por propia voluntad a sus riquezas y volverá a empezar de nuevo. El que no esté conforme, será enviado al otro lado de la muralla estelar, y allí que viva a su modo.

—¿Y a todos estos rufianes?

—Irán voluntarios a Mercurio, o bien serán sometidos a una operación cerebral que les redimirá. Volverán a ser hombres nuevos.

—Ese sistema se intentó implantar en los Estados Unidos hace dos siglos y costó mucha sangre. Habían demasiados intereses mezclados con la delincuencia.

—Ahora se hará. Noel. Necesitamos vivir en un mundo nuevo y digno. Y si he de ser dura, lo seré.

Cela calló al escuchar un ligero ruido. Sobre el anaquel, la chapa metálica del fonovisor empezó a descorrerse. La pantalla se iluminó en el acto y en ella apareció el rostro del jefe de policía que los había detenido en el «Hatma Hotel».

—Buenas noches, señor Tarman —saludó el funcionario—. Buenas noches, señorita Movli. Tengo que comunicarles una desagradable noticia… Muy desagradable, créame.

—¿De qué se trata? —inquirió Cela.

—La Junta de Gobierno de la Tierra me ha comunicado que han sido ustedes juzgados y condenados a muerte.

—¡Vaya! —exclamó Cela, divertida—. No han perdido el tiempo. Y ni siquiera se han molestado en llevarnos ante un tribunal. ¿Por qué ésta anomalía?

—La orden que tengo alega medidas de seguridad mundial. No sé lo que han hecho ustedes, pero la sentencia es terminante. Debo ejecutarles antes de una hora… Créame que lo siento.

—¿Y usted no lo considera una irregularidad? —preguntó Tarman.

—Soy un funcionario público y debo obediencia al gobierno. Lo siento. El caso de ustedes escapa enteramente a mi jurisdicción. No me guarden rencor… Yo le admiro a usted, señor Tarman. Y mi deseo sería dejarles con vida. Pero…

—No se preocupe, Godfrey —habló Cela—. No nos tendrá que matar. Carece usted de poder para eso. Pero aprecio sus buenos sentimientos. Los tendré en cuenta muy pronto. Quizá le nombre jefe de la Seguridad Social de este planeta antes de que transcurran veinticuatro horas.

—¿Qué quiere usted decir, señorita Movli? —preguntó el jefe de policía de Rabat.

—Nada. Siga usted con las órdenes recibidas. ¿Cómo será la ejecución?

—Les sacaremos de ahí y los llevaremos a una cámara desintegradora. No sufrirán nada.

—Bien, téngala a punto. Quizá la tenga que hacer servir. Ahora, capitán Godfrey, tenemos que irnos… Fíjese bien y no pierda detalle, dos presos se van a evadir ante sus mismos ojos.

En efecto, al terminar de decir estas palabras. Cela y Noel Tarman se volatilizaron, dejando atónito al capitán Godfrey, quien, ante su fonovisor, parpadeó repetidas veces, diciendo:

—¡Diablos coronados con guirnaldas! ¡Esto es inaudito!

En efecto, la celda de la prisión subterránea había quedado vacía.

CAPÍTULO VIII


ela y Tarman aparecieron en la playa donde horas antes habían tomado tierra con la astronave. Estaban esperando que ésta regresara de las profundidades submarinas.

—¿Qué ha sucedido?

—Nos hemos transmutado, Noel —respondió Cela, sonriente—. Antes sólo podía hacerlo yo. Pero cuando el energúmeno de Rol quiso agarrarme, fui transmutada a Ghine, donde dispuse un ampliador para ti. Luego volví a sacarte.

—¿Y eso cómo es posible? —preguntó Noel, sin comprender— Yo estoy en un sitio y desaparezco para aparecer en otro. ¿Quieres explicármelo?

—Es muy largo y complicado, y no lo entenderías. La transmutación de la energía y la materia es un fenómeno como el de la electricidad. Yo lo descubrí al querer hacer pasar corpúsculos a través de la materia, como los rayos X atraviesan los cuerpos. La

transmutación es algo semejante. Miles de millones de rayos «iota» y «theta», los primeros, para desintegrar, y los segundos, para integrar, parten de mi máquina, la cual acciono por influjo mental. Estos rayos desintegran nuestros organismos y los trasladan, a velocidades hiperlumínicas, hasta el lugar donde mi influjo mental ha dispuesto en la máquina transmutadora. Allí se concentran los rayos «theta» y reúnen las moléculas desintegradas.

—¿También puedes transmutar un objeto cualquiera? —preguntó Tarman.

—Todo lo que desee.

—Pues trae nuestro autobólido y volvamos a Rabat.

—No, mi plan es otro. Quiero aparecer en el Hemiciclo de Conferencias cuando estén reunidos todos los gobernantes. Ahora, vendrá mi astronave y nos refugiaremos en ella hasta que sea de día. Debo preparar mi discurso… ¿O prefieres hacerlo tú? ¿No es lo tuyo enfrentarte al público y hacerte oír?

—¿Quieres que hable yo a los políticos, que me enfrente con todos ellos?

—Me gustaría.

—Gracias, Cela. Quizá sea esta mi última representación. Pero será fantástica.

—Haré que todas las cadenas de T. V. del Cosmos estén pendientes de ti, amor. Me gusta tu modo de moverte ante el público. Aunque ahora no tienes tiempo de ensayar.

—No importa, mi vida —dijo Noel, abrazando a Cela—. Soy actor por convicción propia. Tú lo sabes muy bien.

—Lo sé. Y me gustas como eres… ¡Ah, ahí está la nave!

Silenciosamente, surgiendo de las aguas del mismo modo que entró en ellas, la astronave lenticular se detuvo sobre la arena y la cavidad empezó a ensancharse, para dejarles paso. Subieron los dos personajes por la rampa, y un androide que había en el umbral se inclinó ante ellos.

—Volvemos al fondo del mar, «Io» —dijo Cela.

—Sí —respondió el androide.

Al cerrarse la entrada, una luz verdosa inundó la cámara circular. Noel fue a sentarse en un reclinable y Cela le llevó un refresco.

—Toma este estimulante, cariño. Tienes aún todo el cuerpo

magullado de los golpes. Me agradó tu modo de defenderme. Por un momento me sentí mujer.

—¿Y no lo eres?

—Si tú lo dices… Pero admite que no soy una mujer como las demás.

—¡No, sin duda alguna! Si hubieran muchas mujeres como tú, el mundo, el universo entero, se desquiciaría. Sin embargo, eres maravillosa. ¿Me prometes que no habrá derramamiento de sangre?

—Te lo prometo… Y, a menos que ocurra un imprevisto, todo saldrá bien.

—¿Qué significa para ti un imprevisto?

Cela hizo un mohín, se sentó sobre las piernas de él y le echó los brazos al cuello.

—Tienes que hacerte a la idea de que yo no soy infalible. Soy humana, como tú y los demás. Y, por tanto, puedo cometer errores. Uno que temo haber cometido es enamorarme de ti.

—¡Tonta! Eres…

Ella le puso la mano rápidamente en la boca.

—¡No me digas adorable viejecita!

El fingió ponerse serio y musitó, antes de besarla:

—Está visto que no puedo tener secretos para ti. Me lees el pensamiento incluso antes de formular una idea.

—No soy yo. Son mis máquinas.

—Tendré que desconectarte de ellas.

—Y puede que lo consigas… Ahora, ámame mucho.

—Sí, dulzura… Te amaré con toda mi alma.

* * *

El hemiciclo o sala de conferencias era una gran pieza semicircular con cabida para más de diez mil personas. Ante la elevada tribuna de la presidencia se extendía una escalinata de oro puro. Al pie de ésta se hallaba el Hemiciclo, propiamente dicho, para los delegados y sus consejeros. En último término, sobre tres plataformas superpuestas que dominaban aquel fastuoso escenario, estaban los asientos del público y la prensa. Más de mil cámaras de T. V. enfocaban hacia abajo, dominando el Hemiciclo y la mesa suspendida de la presidencia.

Aquella mañana, la sala estaba abarrotada de gente. Se había corrido el rumor de que se iba a debatir una cuestión importante. Hablaría de nuevo la señorita Loravain, representante de Neptuno, para la cual ya se había preparado el estrado de los oradores, adornándolo con más de un centenar de micrófonos.

A las diez en punto de la mañana, el Presidente de la Junta de Gobierno de la Tierra tomaba asiento en la presidencia, seguido de sus consejeros. Los delegados de la Unión Planetaria ya ocupaban sus puestos en el Hemiciclo.

Un altavoz ordenó: «¡Silencio! Habla el señor presidente».

Acto seguido, el jefe de la Junta Rectora del Gobierno de la Tierra, se puso en pie y dijo a través de sus altavoces:

—Señores Presidentes, consejeros, delegados, comisionados, representantes de la prensa, radio y TV y público en general, se abre la CCCXXII sesión de esta Conferencia de la Unión Planetaria del Sistema Solar para estudiar sobre el caso de las exigencias impuestas por alguien que dice representar a Ghini.

«Para empezar, la señorita Loravain tiene la palabra. Se nos ha informado de que la consejera y delegada de Neptuno tiene importantes declaraciones que hacer, que serán añadidas a las ya efectuadas anteriormente».

De su mesa en el Hemiciclo, Loravain se puso en pie con majestuosa serenidad. Abandonó su asiento y se dirigió hacia el estrado de los oradores. Mas no pudo llegar a él.

De repente, cuando la atención de las cámaras de T. V. estaban fijas en Loravain, se produjo un griterío y un movimiento anómalo entre el público y los delegados. No era para menos.

En el mismo centro de la escalinata de oro habían aparecido, como por arte de encantamiento, dos figuras vestidas de togas escarlatas. Eran Cela Movli y Noel Tarman.

Loravain retrocedió unos pasos, atónita. No esperaba aquella aparición sobrenatural, y menos esperaba verse de nuevo ante Noel y Cela. Antes de que nadie pudiera reaccionar. Noel Tarman, adelantando los brazos, gritó con voz potente y segura:

—¡Oídme todos, ciudadanos del Universo! ¡Prestadme atención! Quizá sea éste el momento más importante de la historia del género humano. Quizá salga de aquí el acuerdo y la ley que cambiará la faz del universo en los siglos venideros… Todos sabéis quién soy… Mi

nombre es Noel Tarman y he llevado el teatro a vuestros hogares muchas veces… por las pantallas de TV.

* * *

En su despacho, en el Apartamento «B» del edificio «Odaka», un hombre de ojos desorbitados miraba la pantalla visora en donde aparecía Noel Tarman hablando ante el mundo. Junto al famoso actor, vestida con su toga, estaba Cela Movli, la mujer que Tiu Odaka no conocía y contra la que se había propuesto luchar.

Tarman decía:

—…, nunca os he defraudado. Dediqué horas, semanas y meses a ensayar mis comedias para no defraudar a nadie. Ahora, sin embargo, no he ensayado. No estoy haciendo teatro. Ni siquiera he venido aquí a declamar.

»He venido a presentaros a una mujer… ¡Vedla aquí! ¡Ésta es Cela Movli! Ella ha podido destruir a la humanidad entera y no lo ha hecho. Ella ha podido imponer sus exigencias por la fuerza, y ningún ejército habría podido impedírselo. Ella no quiere poder, ni quiere riquezas, como algunos cuyos nombres citaré más adelante…

Tiu Odaka al oír esto palideció.

»—¿Será capaz de denunciarme? ¡No puede demostrar nada! ¿Cómo ha logrado escapar? ¿Por qué no me ha avisado Loravain?… ¿Y cómo ha podido aparecer de ese modo tan espectacular? Tarman es genial, no lo dudo, pero en todo esto algo me hace estremecer».

Instintivamente, Tiu Odaka llevó su mano y rozó con las yemas de los dedos un pulsador negro de una plaquita que tenía sobre la mesa.

—Si algo sale mal —dijo, con una mueca—, no me atraparán vivo… Moriré, pero conmigo desaparecerá lo que yo he ayudado a construir… ¡Argón, la ciudad del recreo, la mayor atracción del Cosmos, desaparecerá conmigo!… ¡Y, posiblemente, si mis cálculos no fallan, destruiré Venus, y con ello desencadenaré un cataclismo en todo el Sistema Solar! ¡Hazlo saber, Loravain, no permitiré que nadie, ni Tarman ni esa Cela Movli, juegue conmigo! ¡Tengo una carga de explosivos aténicos lo suficiente para cumplir mi amenaza!

En la pantalla visora, Noel Tarman continuaba declamando con un poderoso ardor.

* * *

—Ahora quiero hablar de algo que sucedió hace muchos años. Ciento cincuenta años, exactamente. Un hombre de ciencia, cuya esposa acababa de dar a luz a una niña, celebraba una fiesta. Ocurrió un accidente cerca de su casa, y el doctor August Movli fue requerido para prestar la primera ayuda. Se negó, alegando que su estado no le permitía atender a nadie. Y, pese a ello, y a que las leyes le permitían un descanso para su esparcimiento, se le condenó a las minas de atenio de Mercurio.

»Sus familiares y amigos, todos científicos, se apoderaron de una astronave y fueron a rescatarlo, huyendo luego a los confines del Cosmos. Allí, August Movli, sus amigos, su hija y su esposa, fundaron una comunidad científica y supieron aprovechar los recursos del suelo. Allí se crió Cela Movli, hasta que su padre descubrió un regenerador de hormonas celulares que permitiría vivir a los humanos eternamente.

Tarman hizo una pausa para mirar a Cela, mientras que en la sala de Conferencias se elevaba un murmullo general de asombro. Aquella breve pausa fue aprovechada por Loravain para gritar:

—¡No le creáis! ¡Noel Tarman miente! ¡Se ha enamorado de esa farsante y quiere embaucamos a todos con su retórica!

Noel Tarman extendió las manos y gritó:

—Tengo pruebas de lo que digo. Aquí mismo, en la secretaría, están los objetos que Cela Movli entregó a esta mujer y al señor Arthur para que fueran examinados por los técnicos. ¿Qué han hecho del «Celebro legal», del «Adexo», del «Computador-Iota» y de los robots y las armas que mandó? ¡Nadie ha querido hablar de esto! ¡Pero yo lo haré! Cela Movli los envió como muestras de sus sinceras y honradas intenciones. Sin ir más lejos, el «Adexo» puede hurgar en el pasado de cualquier hombre y proyectarlo a la vista de todos. No hay secretos que se escape a la penetración retrospectiva de una máquina perfectísima como ésa. Y ella demostrará todo cuanto digo. El único interés de Cela Movli al querer implantar sus «Cerebros legales» en el Cosmos, es el de evitar que puedan cometerse errores judiciales como el que llevó a Mercurio a su progenitor.

—¡Falso! —chilló Loravain, con una expresión demoníaca en el

rostro—. Yo sí puedo demostrar que Noel Tarman asesinó y suplantó al presidente Grajano. ¡Tengo pruebas!

—¡Preséntelas, honorable Loravain! —exclamó Tarman—. Yo demostraré a todos que esas pruebas son falsas. Yo demostraré que fui requerido por el presidente Grajano, delante del productor Tiu Odaka, para que le sustituyese en su embajada, para morir en su puesto, si era preciso, y salvar a un gran gobernante del peligro. Yo, Noel Tarman, vine aquí y fingí ser Grajano. Sugerí la embajada a Ghini y fue aceptada. Grajano estaba de acuerdo conmigo.

»Pero todo había sido un complot de Tiu Odaka para deshacerse de Grajano y ocupar su puesto. Él fue quien hizo matar a Grajano y quien ordenó sepultar su cuerpo en el pantano de
F'gram,
en Venus…

»¡Y estoy por decir que la delegada Loravain está de acuerdo con Tiu Odaka, el intrigante!

Un enorme griterío invadió el Hemiciclo. La gente allí reunida y pagada por el propio Tiu Odaka, a través de sus agentes clandestinos, empezaron a patalear, gritando:

—¡Muera Tarman y su amiga! ¡Muera, muera, muera!

La policía hubo de intervenir, ocupando los pasillos y apuntando con sus armas a los alborotadores, con lo cual se impuso el silencio. Fue entonces cuando el Presidente de la Conferencia se puso en pie y dijo con voz enérgica:

—Ha sido una arbitrariedad permitir hablar a Noel Tarman. Pero todos estábamos demasiado sorprendidos para impedírselo. Sin embargo, y dado el cariz peligroso que toma la situación, debo hacer constar que Noel Tarman y su acompañante, la llamada Cela Movli, han sido condenados a muerte por traición, rebeldía y conato de sublevación… Estos cargos, que amenazan seguridad interplanetaria, fueron examinados anoche por la Comisión de Urgencia. Las pruebas halladas son irrefutables y se firmó la sentencia como medida de seguridad. Sin embargo, los reos se han evadido de la prisión y ahora comparecen aquí. Dispongo, pues, que sean detenidos por la fuerza pública y ejecutados inmediatamente.

El silencio que siguió a estas palabras sólo se vio interrumpido por un rumor sigiloso, como de muchos pies arrastrándose por el suelo. Al instante, por todas las puertas y ventanas del Hemiciclo

empezaron a entrar largas filas de robots, armados con sus disparadores de rayos azules.

El estupor fue enorme. Nadie, ni la policía, tuvo valor para reaccionar. Las filas de Androides se extendieron por todas partes, rodeando los extremos de la sala, subieron por la escalinata de oro y fueron a situarse detrás de la presidencia.

Ahora fue Cela Movli la que tomó la palabra, gritando:

—¡Que nadie oponga la menor resistencia, a menos que desee ser desintegrado! Mis máquinas, ante la estupidez mental de todos ustedes, se han visto obligadas a invadir la Tierra.

—¡Esto es un atropello! —rugió Loravain—. Los ejércitos del Sistema Solar acudirán inmediatamente y estos monstruos mecánicos serán destruidos.

—Nadie puede hacer nada —respondió Cela—. Simultáneamente, mis billones de robots han invadido todos los planetas del sistema. ¡Miradlo, y comprobad mi poder!

Cela señaló el alto muro liso que había detrás de la presidencia, en donde en aquel instante estaban apareciendo imágenes a todo color, como si el muro se hubiera convertido en una enorme pantalla de T. V.

En un cielo intensamente negro, millares de bolas fosforescentes descendían como lluvia de estrellas sobre un paisaje joviano.

—¡Ésta es la invasión de Júpiter! ¡Véanla todos! —gritó Cela, llena de ardor—. Ahora, millones de hombres máquinas se extenderán rápidamente sobre el planeta y lo ocuparán. Nada ni nadie puede oponerse a ellos… ¡Ved ahora la invasión a la Tierra!

En la pantalla apareció ahora la famosa Atlántic Beach, la playa del litoral atlántico norteamericano, y que corría desde Florida hasta Maine, y de las aguas del mar en calma surgían interminables filas de androides armados que avanzaban por la playa hacia la autopista de la costa, adentrándose por entre las palmeras.

—¡América está siendo invadida! ¡Y China, y Siberia! ¡Mírenlo bien! ¿Dónde está el ejército? ¿Quién puede contener a mis legiones de máquinas? ¡Son millones, miles de millones que ocupan en estos momentos todos los planetas del Sistema Solar!

El estupor de las gentes era inmenso.

Las cámaras de T. V. no cesaban de funcionar. Recogían las imágenes que Cela Movli había hecho aparecer sobre la mesa de la

presidencia y las enviaban a los confines del Universo.

Se vieron aterrizar a millares de astronaves en Marte, en Saturno, en Mercurio. Se vieron ingentes masas de androides que avanzaban sobre los campos, penetraban en las ciudades, en los mundos subterráneos, invadían las poblaciones copulares de la Luna, de los asteroides, en las colonias de mineros del espacio, en los remotos y recónditos paisajes de Urano y Plutón, y se extendían por todo el Cosmos…

¡Era la invasión más ingente presenciada jamás por los hombres!

Y la más pacífica, al mismo tiempo. Nadie se oponía al avance de los robots de Cela Movli. Era tanto el terror que las gentes se quedaban paralizadas. No fue preciso disparar ni una sola descarga.

Y de aquel modo, en poco menos de media hora, los centros neurálgicos de la Unión Planetaria, quedaron en poder de los invasores.

Los espaciopuertos, las bases de las patrullas del espacio, los centros del ejército, la policía y orden público; los arsenales de la Armada de todos los mundos, las bases experimentales de la Antártida, del Gran Desierto marciano, la base de proyectiles cohetes de Neptuno, y las estaciones radiosolares de Mercurio, así como sus minas de atenio, plomo, uranio y oro; todo quedó ocupado por los robots. En todos los lugares se instalaron las patrullas de androides, con sus armas apuntando en todas direcciones.

En aquellos vastos mundos, con cientos de miles de millones de habitantes, sólo hubo una excepción. En una ciudad no se produjo la invasión robótica, pese a que las legiones de androides se dirigían hacia ella.

Este lugar era la metrópoli de Argón.

Una señal de peligro fue enviada y captada por los robots, deteniéndose en su avance a un centenar de kilómetros de Argón. Una de las máquinas de «Ogo» había detectado peligro aténico.

Además, Tiu Odaka cursó inmediatamente un mensaje que fue difundido por las radios de la urbe. En él se ordenaba detener la invasión o destruiría la ciudad.

—¡Poseo una carga de atenio suficiente para destruir Venus y provocar un cataclismo en el Sistema Solar! —declaró Odaka—. Exijo la retirada de esas máquinas y que los culpables de la rebelión

sean ejecutados.

Este mensaje llegó también a la Tierra. Cela se cuidó de que la imagen descompuesta de Tiu Odaka apareciera en la pantalla que había surgido en el muro frontal del Hemiciclo.

—Vedlo ahí. Éste es el asesino de Grajano —exclamó Cela, señalando a la pantalla—. Y ahora veréis a uno de mis cerebros electrónicos representar la escena del magnicidio. Yo traigo pruebas de todo lo que podáis exigirme.

En la enorme pantalla apareció ahora Tiu Odaka hablando con Brisbane. Y en la conversación que todo el universo pudo oír se habló de complot para matar a Grajano, de modo que Noel Tarman fuese inculpado a su regreso de la embajada a Ghini.

La verdad no podía ser más evidente para todo el que tuviera ojos. Noel Tarman aprovechó la ocasión para manifestarse de nuevo:

—¡Ésta es la verdad! ¡Vedla ahí, sin subterfugios!

¡Ésos son los conspiradores, y ése es el hombre que decía ser mi amigo, el hombre a quien he enriquecido con mi arte…! ¡El hombre insaciable que anhelaba más que el dinero y no vaciló en matar para conseguir su perverso objetivo, como ahora no vacila en destruir la ciudad más bella del universo, y, con ella, a sus cien millones de habitantes!

»¡Él! Tiu Odaka, es el genocida, el cobarde que ha urdido este complot y el que ha pagado a Loravain para que consiga nuestro exterminio.

»Pero no ha contado con el poderío de Cela Movli. Ahora está acobardado ante lo que se le viene encima. Ahora, al verse perdido, quiere destruirnos a todos. ¿Hemos de consentirlo?

—¡No, no! —gritaron miles de voces—. ¡Muera el conspirador! ¡Muera Tiu Odaka!

Tiu Odaka oyó aquellas voces. Venían de la Tierra, de Rabat, a través del Cosmos. Y eran su sentencia de muerte.

—No moriré solo —rugió Odaka.

Y su mano se extendió hacia el pulsador negro que tenía en la plaquita sobre la mesa. Allí había un cortocircuito que provocaría la explosión aténica instalada bajo la metrópoli.

—¡Moriremos todos! —gritó Odaka.

Y su dedo presionó el botón.

Al instante, el suelo tembló bajo sus pies. Las paredes se abrieron y un fragor ingente y apocalíptico se expandió hacia todos los puntos cardinales.

El edificio «Odaka» se hundió y una amarillenta fosforescencia empezó a surgir de la ciudad del ensueño. El suelo tembló sacudido como por un fabuloso terremoto y las llamas brotaron hacia el cielo surgiendo de las entrañas de la tierra venusina.

¡Aquello parecía el fin del planeta! ¡Y posiblemente, si Venus se desgarraba, el equilibrio planetario se rompería y el Sistema Solar sufriría un cataclismo!

¿Era el fin del mundo?

CAPÍTULO IX



ue una mujer la que salvó a la humanidad.

Fue una mujer y una súplica.

Cela Movli no había dejado de controlar la situación en todo momento. Poseía medios que a las demás personas podrían parecer sobrenaturales, como el hacer que apareciera una pantalla catódica enorme sobre un muro desnudo, y los sabía hacer funcionar a su debido momento.

Ella fue, pues, la que dijo «in mente»:

»—¡“Ogo”, haz funcionar las máquinas antiexplosiones! ¡Pronto, por el amor de Dios! Ahora sabemos de dónde procedía la imagen futura que captamos con el “Adexo”. ¡Es Argón, destruido por ese vesánico de Odaka! ¡Hay que controlar la explosión de atenio y reducirla a su mínimo factor destructivo! ¡Tú sabes cómo hacerlo!».

Y «Ogo», desde su laboratorio en Ghini-1, hizo funcionar sus controles a distancia, ante los que había estado preparado a la

primera señal de peligro emitida por sus compañeros.

Nadie pudo explicarse lo que sucedió. Ni siquiera Cela Movli, que era la descubridora del «antiexplosivo». En realidad, se formó una especie de capa protectora sobre Argón e inmediatamente el terremoto fue reducido, así como las llamas, las múltiples explosiones de atenio y la reacción en cadena que iba a producirse en cuanto el fuego aténico surgiera a la superficie.

No pudo evitarse que Argón quedase destruido en pocos segundos. Ni tampoco pudo evitarse la muerte de millones de personas que vivían en Argón, entre las que estaba el genocida Odaka.

Pero se evitó el desgarramiento del planeta y las consecuencias apocalípticas que ello hubiera traído consigo. A los pocos minutos de la hecatombe. Argón quedó convertida —según pudo ver casi todo el universo habitado— en un montón de escombros.

¡Y lo asombroso de todo ello era que cuatro personas habían visto anteriormente aquella imagen reflejada en la pantalla!

La primera había sido Cela Movli, quien dijo: «Esto era lo inevitable. Ni siquiera yo pude prever lo que ocurriría. De haberlo hecho, esto no habría sucedido. Jamás creí que esa destrucción sería tan pronto. Lo siento. Sólo Dios conoce la razón de esto».

La segunda persona fue Noel Tarman. Estaba demasiado atónito para articular palabra. Y no dijo nada. Fue Arthur, el consejero del bigotito verde, quien se puso en pie y gritó ante la asamblea:

—¡Yo os lo dije! ¡Cela Movli nos mostró esta imagen! ¡Ella dijo que había destruido Argón para convencemos de su poder! ¡Es cierto!

La cuarta persona que reconoció aquella imagen era Loravain. Y su terror le hizo caer de rodillas, gimiendo:

—¡Perdóname, Señor! Yo he tenido la culpa. Yo induje a Tiu Odaka a esta monstruosidad… ¡Todo lo hice por despecho, porque amaba a Noel Tarman, y él me rechazó para irse con ella! ¡Me arrepiento de todos mis pecados y delitos y pido que me juzgue públicamente una máquina de Cela Movli! ¡Por mis grandes culpas, y por haber alentado el deseo monstruoso de Odaka, pido ser la primera en ser juzgada y condenada!

—¿Qué ha ocurrido en Argón? —preguntaron muchas voces.

Cela se abrió de brazos en medio de la escalinata de oro y pidió

silencio a la multitud allí reunida y aturdida.

—¡Oídme todos! —gritó—. Éste es el principio de la Nueva Era. ¡Oídlo bien, la Nueva Era! A partir de ahora, la humanidad seguirá un rumbo distinto al que ha seguido hasta ahora. Se acabaron las injusticias, los errores, los expolios, las arbitrariedades… Todo lo que vaya contra la ley mosaica, en su más primitivo origen, queda abolido por orden mía.

—¿Y tú quién eres para dictar estas leyes? —gritó Lurdja, el delegado marciano.

—¡Soy Cela Movli, la que renuncia a su longevidad para ser una mujer como las demás! —respondió Cela, acercándose a Tarman y rodeándole la cintura con un brazo— Háblales tú, Tarman. Ésta es tu más genial representación.

—Gracias, amor mío —respondió el actor, besando a Cela en la mejilla. Luego se apartó de ella y se volvió de cara al público y a los consejeros, delegados y gobernantes—. Queda abolido el mal, el odio, la miseria, la envidia, el robo, la burla, el escarnio… ¡Queda abolido incluso el trabajo!

—¡Hurraaaa! —gritaron millones y millones de voces en todo el cosmos.

—No habrá más ley que la de Dios, ni más verdad que la verdad pura. Mientras que el hombre ha sido imperfecto, ha tenido que caminar entre dudas. Ahora está abolido hasta el dudar. Nadie puede vacilar ante nada. Si su cerebro imperfecto o desgastado no sabe elegir, una máquina a su servicio le dirá cuál es el verdadero camino.

»Ésta no es la revolución de las máquinas, como la han presentado equívocamente los filósofos. Es la perfecta unión del hombre con su máquina, la que él ha creado para beneficio de la humanidad.

»Ésta es la Nueva Era, el trabajo será un deporte y el ocio, un delito. Todos tendrán resuelta su vida, su vivienda, su familia y la situación de sus hijos. Todos tendrán lo que por derecho racional les corresponde, y nadie envidiará a nadie porque todo será de la propiedad de todos.

—¡Eso es muy discutible! —Hubo quien gritó entre los consejeros.

—No hay discusión. Un «Adexo» solucionará todas las

discusiones que surjan. Y su veredicto será inapelable.

—¡En ese caso hay que examinar a esas máquinas y ver si su constructor es un ser razonable! —añadió otro.

—Están a la disposición del que quiera verse sometido a ellas —replicó Noel Tarman—. Y aquí, a la vista de todos, tenemos a la señorita Loravain que se ha sometido voluntariamente a efectuar la prueba. Tened bien presente que la proyección de la vida de Loravain será un ejemplo para todos. Esto no es el valle de Josafat, ni nadie representa aquí al Dios Todopoderoso, pero no olvidemos que todo lo que en el universo se hace es por obra y gracia de Él.

»Que se adelante Erna Loravain y comparezca ante el ojo imparcial de la nueva ley.

Dos androides habían traído un «Cerebro legal», que fue colocado sobre la mesa de la presidencia. Loravain, con la cabeza baja, se situó al pie de la escalinata y se abrió de brazos, diciendo:

—Me someto voluntariamente a que mi vida sea examinada por la nueva justicia. Acataré su fallo, sea el que sea. Yo maté a mi marido,
Ugh-Arpa,
en Kramo (Júpiter), y dije que había sido un accidente de caza. Yo soborné a hombres influyentes de Neptuno para conquistar un cargo público. Yo hice…

Durante más de una hora, en la pantalla situada sobre la presidencia del Hemiciclo, una filmación nítida y perfecta de la vida de Loravain apareció ante los millares de millones de espectadores que la contemplaban a través de las pantallas de T. V. del Cosmos. No se ocultó nada, ni siquiera los celos que sintió Loravain al conocer a Cela Movli, después de haberse enamorado de Tarman, creyéndolo Grajano.

Al final, cuando la pantalla se oscureció, después de proyectar la imagen de su acuerdo con Tiu Odaka y el soborno de muchas gentes cuyos rostros aparecieron oscurecidos en la pantalla, la gente contuvo el aliento.

Ahora fue Cela Movli la que habló.

—El «Cerebro legal» está examinando las culpas de esta mujer. En contados segundos emitirá su fallo el «Adexo». ¿Queréis conocer públicamente lo que opina un cerebro legal, justo y ecuánime?

—¡Sí! —fue el grito colectivo.

—Sí, deseo saberlo —repitió Loravain, ahora postrada de rodillas en el último peldaño.

—Pues bien. El «Adexo» hablará.

Cela Movli subió rápidamente la escalera y se detuvo ante la máquina que había sobre la mesa de la presidencia. Todos los altos dignatarios allí reunidos estaban pálidos y guardaban un expectante silencio. Cela no miró a ninguno de ellos. Esperó unos segundos y, cuando parpadeó una luz rojiza, pulsó un conmutador.

Al mismo instante, en la enorme pantalla apareció el rostro de un hombre de cabellos entrecanos, de mirada inteligente y expresión simpática. Al hablar, su voz sonó de un modo remoto, misterioso, como si procediera del más allá.

Y dijo:

—Erna Loravain, yo te perdono. Las razones que tengo para decir esto son muy extensas y no pertenecen al dominio de lo humano. Quizá por ser mi primer juicio, sea algo tolerante. Pero tu culpa no te pertenece. Mucha parte la tiene el mundo en que has nacido, la miseria y el odio que rodeó tu infancia y el anhelo de salir de tu medio. Has hecho el mal, pero, ofreciéndolo al desnudo a tus semejantes, ese mal queda mitigado. No reincidas nunca más. Ve en paz.

La imagen del hombre desapareció y un silencio impresionante se hizo en la sala de Conferencias. Todos los allí reunidos acababan de presenciar el primer fallo de la justicia de la nueva era. Y la impresión que les causó a todos tardaría muchos años en borrarse.

Nada había en todo aquello de sobrenatural. Todo era del dominio de la ciencia, y Cela Movli estaba dispuesta a revelar sus secretos a sus semejantes y recobrar su personalidad humana. Sin embargo, en la naturalidad de la declaración de Loravain, sus delitos, sus pasiones y maldades, había algo comprensible para todas las mentalidades. Y el hecho de que un rostro desconocido, sencillo, y de un hombre corriente, hubiera surgido para pronunciar el fallo, amén del modo en que lo hizo, tenía también mucho de humano.

¡Los hombres jamás han sido dioses, y allí quedó demostrado!

Lo que nadie pudo saber, excepto Noel Tarman, fue quién era el hombre que dictó la sentencia.

El actor se acercó a Cela y le preguntó en voz baja:

—¿Quién es el que ha aparecido en la pantalla? ¡No le he visto nunca!

—No es vanidad. Noel. He querido que ese hombre sea el que represente siempre la justicia en el Cosmos. Es una imagen que he recogido del pasado y que me servirá siempre para guiar mis pasos… ¡Es mi padre!

—¿August Movli?

—Aunque —añadió Cela, pensativa—, también, podía ser la imagen viva de la faz de Cristo, que, para los fines que se persiguen, es lo mismo. Si la Iglesia lo aprueba, cambiaré con gusto la imagen de mi padre por la del hijo de Dios, siempre presente entre nosotros…

* * *

Día de Navidad del año 2278.

Hacia veinte años que regía en el universo la Nueva Era. Todas las predicciones de Cela Movli se había cumplido.

En una terraza soleada de la costa italiana, sobre el Mare Nostrum, una pareja de edad mediana, apuestos ambos y distinguidos, contemplaban el mar y el cielo. Ella aparentaba unos cuarenta años y conservaba parte de su belleza juvenil, aunque los años no habían pasado en vano.

Él aparentaba unos cincuenta y tenía ademanes de actor, y su nombre era Noel Tarman.

Del interior del chalet surgió un androide con una bandeja y vasos y se acercó a la pareja. Saludó con voz suave, melosa, y dijo:

—¿Muy helado, señora Tarman?

—No mucho, «Ogo». A la temperatura ambiente.

El androide introdujo un aparatito brillante en el vaso de Cela Movli y lo retiró rápidamente. Luego hizo la misma pregunta a Noel Tarman, obteniendo idéntica respuesta.

—Hará una noche muy agradable —añadió «Ogo» al servir los refrescos—. ¿Darán los señores su paseo hasta la playa?

—Sí, «Ogo».

—No olviden que a las diez, el señor debe estar en Tetri para ofrecer la representación de «Odaka» a la comunidad de veraneantes.

Los rostros de Cela y Noel se ensombrecieron. Los recuerdos que el nombre de Odaka trajo a sus mentes se acumularon de súbito, atropelladamente. Durante un segundo volvieron a vivir el pasado. «Ogo» lo comprendió así y musitó:

—Los niños estarán allí. Ángel y August han venido de Roma, y la señorita Helena llegará de un momento a otro de Saturno. Por nada del mundo se perderían esta representación única.

—Retírate, «Ogo» —dijo Cela. Y añadió rápidamente—: Por favor.

—Sí, señora. Lamento haberle hecho recordar cosas tristes.

—No es eso, «Ogo», «Odaka» es una obra genial. La obra, de más valor de Charmot. La escribió en el hospital antes de morir y escribió la realidad: la ambición de un hombre. Es la única obra teatral que ha cruzado la barrera de la Nueva Era, y será un ejemplo eterno de lo que fue la humanidad antes de…

—¿Antes de conocernos, Noel?

—Sí… Antes de Tiu Odaka. Te confieso que fue mi amigo y tuve fe en él. ¿Es curioso, verdad? Charmot crea un desenlace real, y, sin embargo, el público aplaude su muerte, aunque con ella se produce una hecatombe en Argón, la ciudad muerta.

—Sin Odaka, la humanidad actual no habría sido posible — declaró Cela.

—¿Qué pensabas en aquellos días, Cela?

—Sólo en ti, amor mío. Mis máquinas, las máquinas que hoy sirven y ayudan al género humano, eran las que dominaban la situación.

—Sin ti, eso no habría sido posible. Tú las creaste.

—Te equivocas. Noel. Fue mi madre quien me enseñó a hacer máquinas. A ella la enseñó un profesor americano. Al profesor americano le enseñó antes otro profesor alemán, y a éste, otro ruso, y al ruso, otro italiano, etc… Es una cadena interminable que nos remonta a un ser primitivo que quiso transportar algo y empleó un trineo, luego una rueda, y con ella hizo un carro. Así debió de surgir la primera máquina. Después vino la de vapor, luego la eléctrica y más tarde la atómica… ¡Es un círculo cerrado, Noel!

—Sí —respondió él, tomando el vaso de su refresco y bebiendo.

—Y de todo eso tenemos tres hermosos hijos.

—Sí —repitió él, lacónico.

—¿Qué te ocurre? ¡Estás muy nostálgico!

—En veinte años, he representado diez veces a «Odaka», pero nunca como hoy me siento tan nervioso, amor mío. No sé qué me pasa.

—Pregúntaselo a «Ogo». Él te dará la respuesta.

—Ya lo sé… ¡Pero no deseo saberla! Me sobrecoge conocer mi estado de ánimo. Es una sensación de irrealidad, de fatalismo. Parece como si Tiu Odaka estuviera viéndome, pretendiendo acercarse a mí desde el más allá a decirme algo.

—¡Eso son tonterías, Noel! Deséchalas. Piensa en lo que ha mejorado la humanidad en estos veinte años. ¿Verdad que es precioso? «Ko», «lo» y «Li» no hacen más que fotografiar cartas de las que recibo de todos los lugares del universo. La gente no se cansa nunca de escribirme para decir siempre lo mismo: «Gracias, señora Tarman»… «La recordamos con cariño»… «Es usted la mujer más buena del universo»… «Le hemos hecho una estatua en Paxkla»…

—¿Paxkla? ¿Dónde está eso? —preguntó Noel.

—En Saturno. Es un vallecito verde y con un río monísimo. Allí hay muy buena pesca y las gentes de aquel remanso pasan el día pescando y riendo. Comen unos cuantos peces y luego devuelven el resto al río…

¡Pero, pásmate, pescan con caña y anzuelo blando, como hace doscientos años!

—¿Lees todas las cartas?

—Sí, en la pantalla. Y las contesto. Tengo doce mil modelos distintos. Mis robots secretarios me ayudan en eso. ¡Oh, es un trabajo ímprobo! Pero hay tantas personas que son felices al recibir mi carta autógrafa… Si algunos conocidos reciben dos textos iguales piensan que tú imaginación, de tanto escribir, no da para más.

—Te envidio. Cela. Tienes la vida mejor organizada que yo.

—Tú debías dedicar más tiempo al teatro. La gente te reclama y tú no quieres hacer nada.

—No estoy siempre pensando, Cela. Viajo, hablo con la gente, doy conferencias. Hay mucha gente joven que desea conocer los días trágicos…

—Eso es lo que te ocurre. No has logrado aún olvidar el pasado. Lo viviste demasiado profundamente.

—Como tú y como Loravain.

—¿La has visto últimamente?

—El otro día me llamó desde Neptuno. Me dijo que Arthur venía a la Tierra y que trae obsequios para nosotros. Sigue tan guapa como siempre.

—Sí, la vejez la tiene obsesionada. Se ha hecho quince operaciones de estética en estos veinte años —dijo Cela con cierto disgusto.

—Cada cual tiene sus manías. Pero puedo asegurarte, lo sé muy bien, que Loravain ha hecho más obras de caridad en este tiempo que maldades en su existencia anterior. ¡Qué cambio!

—Sí, es innegable. Erna Loravain y su esposo Arthur son una gran pareja. ¿A qué viene Arthur a la Tierra?

—A un concurso de canaricultura. Le chiflan esos pajaritos. Me dijo que ha conseguido una variedad distinta y este año espera ganar el primer premio. Son pájaros musicales que interpretan a J. S. Bach.

—¡No me digas! Será cosa de ir a verlo. ¿Es en Oslo?

—Sí.

El matrimonio guardó silencio unos segundos, saboreando ambos su refresco de «chaka», el fruto joviano. De pronto, Noel dijo:

—¿Te acuerdas de Rol El Adkar, Cela?

—Sí… ¡Condenado salvaje! ¿No le enviaron tras la muralla estelar?

—Sí, pero ha vuelto.

—¿Cómo?

—Se sometió voluntariamente a examen siquiátrico en Sirio. Y le dieron apto para reintegrarse a nuestro mundo. Hablé con él ayer tarde.

—¿Por qué no me lo dijiste? Me habría interesado saberlo.

—No te lo dije porque no te vi. El ensayo de «Odaka» me ocupó todo el día. Me llamó al teatro. Al principio no le reconocí. Está muy cambiado. Pero él me refrescó la memoria.

—¿Y qué quería?

—Hablar contigo.

—¿Le dijiste que sí?

—En efecto. Le di una cita para el próximo domingo. Guill-Aube vendrá también.

—¡Vaya! Recordaremos aquellas horas en «El Pozo» de Rabat. No fue nada agradable, lo confieso.

—Pero… ¿no dominabas la situación, querida?

—Sí. Aunque no estaba muy segura de nada. Siempre temía a lo imprevisto.

—Veinte años de historia han demostrado que podíamos confiar todos en ti… A lo que íbamos, Rol me habló horrores del otro lado de la muralla estelar. Hay mundos en que están en pleno canibalismo.

—¡Qué horror!

—Incluso a él se le erizan los cabellos al recordarlo. Es un infierno aquello.

—Un infierno creado por mí, ¿verdad, Noel?

—No he querido decir eso.

Muy seria, Cela miró a su marido.

—Todos ellos han querido ir allí. Nadie les obligó a someterse a nuestras leyes. Con cumplir tenían bastante. Pero no cumplieron. Se les dio a elegir entre someterse a un cambio de personalidad, con olvido total del pasado o irse a los confines del universo… ¿Qué más quieres?

—Rol me preguntó si podíamos hacer algo.

—¿Hacer por esos caníbales? ¿Estás loco, Noel? La ciencia ya ha dicho su última palabra. Esos hombres están tarados. Son inútiles, diablos incorregibles.

—Yo he pensado, y parece que Rol también, y él tiene más experiencia que yo, que algo podía hacerse, aunque fuese por fuerza.

—Eso sería torcer la divina voluntad. El libre albedrío es sagrado. Noel. Las puertas del bien no se cierran nunca. Rol El Adkar es una prueba. Ha recapacitado, pese a su edad, y ha querido venir con los suyos. Aquí no hará ningún daño en cuanto sea sometido a curación.

—Mañana mismo le operan. Parece ser que ha hablado con los médicos y ellos le han autorizado a hablar conmigo.

Cela miró seriamente a su marido.

—Habla claro y sin rodeos; Noel. ¿Qué ocurre? Me preocupas.

Noel se aclaró la voz y dijo:

—Pues bien. Hay una corriente de simpatía hacia los

«condenados». Rol ha venido a pedir árnica, por así decir. Y si se abren un poco más las puertas de la muralla estelar, vendrían todos.

—¿Por qué se fueron?

—Por terquedad, como Jurdja. Por no dar su brazo a torcer, por soberbia, altivez o lo que quieras. Se fueron y ahora quieren volver.

—¡Pues que vuelvan! Nadie lo prohíbe.

—Desean conservar su personalidad.

—¿Y también su maldad?

—No, renuncian a ella voluntariamente —terminó Noel.

—¡Bonita papeleta, mi querido esposo! Pero, después de todo, yo no dirijo nada en este universo. ¿Qué quieres de mí?

—Te diré lo que me dijo Rol: «Su esposa goza de gran simpatía en todas partes. Estoy enterado. Ella puede cambiar algunas conciencias, abrir corazones». ¿Qué ocurre allá? —preguntó Cela.

—Te lo he dicho. Incluso se comen unos a otros.

—Comprendo —asintió Cela—. Es tan horrible que ellos mismos se dan cuenta, ¿verdad?

—Rol tenía, una plantación de hortalizas. Él y su cuadrilla raptaban a todo el que se encontraba a su paso, obligándole a trabajar para ellos.

—¡Qué miserables!

—Pero entre ellos mismos se agredían, y llegaron a matarse, dejándole solo. Los infiernos que vivió Rol después de aquello no son para ser descritos. Los misioneros enviados allí fueron robados y maltratados; otros devorados. Rol me ha contado mil espantos.

—¿Piensas que eso es obra nuestra?

—En parte, sí… ¡Tu obra y la mía! ¡La de todos!

—¿Crees que Rol puede ayudamos a remediarlo si no le operan los médicos?

—No lo sé. Podemos hacer algo. Igual que él hay muchos que se vendrían.

—¿Y si una vez aquí, no cumplen?

—Entonces —dijo Noel, convencido—, creo que los «Cerebros legales» pueden dictar la pena de muerte.

—¡Por Dios! Ésa es mucha responsabilidad. Tengo la sensación como si volviéramos de nuevo a la vieja era… ¡Oh, Noel, deseo hacerte caso, ayudarte…! Pero ¿y si nos equivocamos?

Noel no respondió.

—¿Por qué no lo dejamos cómo está?

—¿Lo quieres así, Cela?

—¡No! No sé lo que quiero. Haz lo que te plazca. Si necesitas mi ayuda para convencer a las gentes, cuenta con ella.

Noel se levantó de su reclinable y se inclinó sobre su esposa. La besó en la frente y le dijo:

—Cela, eres admirable… Iré con Rol al otro lado de la muralla estelar. Allí hay mucho que hacer.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—Un año… O tal vez dos.

—Entonces, mi vida, iré contigo. Es demasiado tiempo para estar separada de ti. Y si nos devoran aquellos hombres…

—Ya una vez te dije que sería delicioso morir contigo, mi cielo. Pero moriremos por una causa justa, no como murió el hombre cuya vida he de representar esta noche…

—Sí, vamos. Se hace tarde para la representación.

Se levantaron y se dirigieron hacia el interior de la casa. Antes de entrar, se abrazaron fuertemente, y él musitó:

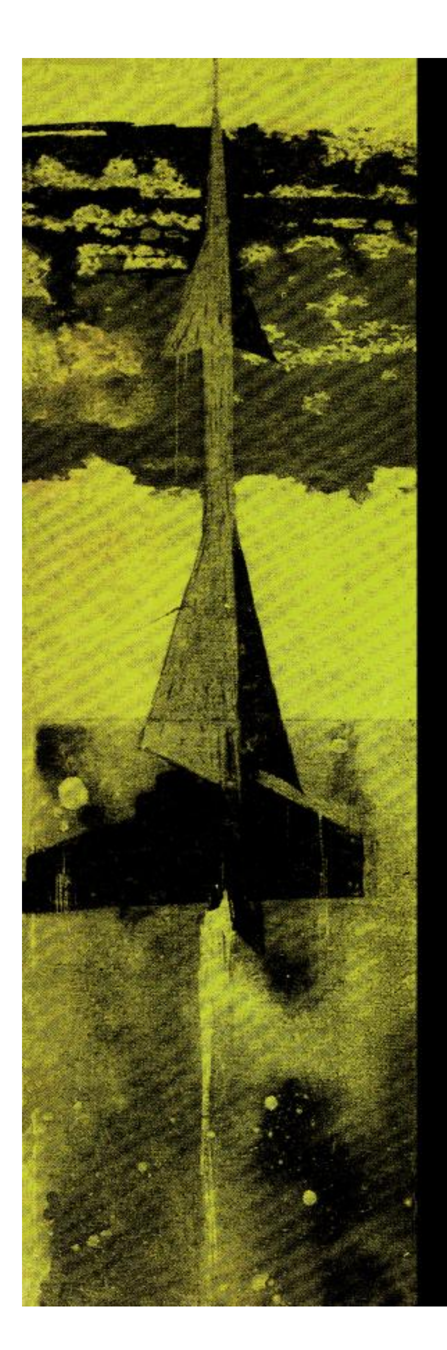
—De nuevo se alza el telón para Noel Tarman, vida mía.

—Y volvemos a sumergirnos en la aventura. ¿No crees que somos demasiado viejos para eso?

—Para hacer el bien a los demás nunca se es demasiado viejo, cariño. Hagamos que la juventud conozca a Tiu Odaka y salvemos lo que podamos del pasado. Si rescatamos a un solo hombre de aquel averno, quedaremos bien recompensados.

—¡Eres sublime, Noel! ¡Te adoro!





Próximo numero:

MEMORIAS DE UN MICROBIO

Vivía en una
col
y su meta era
la peor enfermedad
de la Tierra

¡EL CANCER!

Autor:

LAW SPACE

Precio: 8 ptas.



Pedro Guirao Hernández (Cehegin, Murcia, 9 de octubre de 1927, Barcelona, 29 de septiembre de 1993). Usó multitud de seudónimos, tales como: Steve Mackenzie, Susan Joyce, Walt G. Dovan, Eric, Jeff Storey, Abel Colbert, Peter Kapra, PhilWeaber.

Inició su carrera literaria en los años cuarenta dentro de los géneros policíaco y de aventuras, aunque al igual que muchos de sus colegas, fue un auténtico todoterreno que, a lo largo de las cuatro décadas durante las cuales estuvo activo, abordó todo tipo de géneros literarios, no sólo los propios de los bolsilibros, sino también otros tales como el realismo fantástico, el erotismo, la divulgación científica o la entonces incipiente informática. No me ha sido posible conseguir ninguna fotografía suya, y el único retrato que conozco es el existente en su libro EL EXTRATERRESTRE, publicado en 1979, del que es autor Juan Bautista Miquel, ilustrador del mismo.

Corría el año 1959 cuando Pedro Guirao probó suerte con una nueva incursión en el género, en esta ocasión con la novela titulada DOS CEREBROS IGUALES, publicada con el número 133 de la colección Espacio, de la editorial Toray. Tal como era habitual en estas colecciones, la novela apareció firmada bajo el seudónimo anglosajón de Walt G. Dovan. Un año más tarde, en 1960, Guirao

publicó CUATRO A MERCURIO, su única colaboración en la colección Luchadores del Espacio, de la que hace el número 167, en esta ocasión recuperando su antiguo seudónimo de Peter Kapra debido, probablemente, a que las editoriales solían exigir a los autores seudónimos exclusivos.

Pese a que nuestro escritor acabaría desarrollando una larga y fructífera carrera en diferentes colecciones de ciencia ficción, convirtiéndose en uno de los más prolíficos autores españoles del género con un catálogo que rebasa los 250 títulos entre originales y reediciones, lo cierto es que en los primeros años sesenta se prodigó muy poco ya que, aparte de los guiones y de las dos novelas citadas, tan sólo participó, ya en 1962, en la efímera colección Naviatom, de la editorial Manhattan. Eso sí, la totalidad de los cuatro títulos que componen la misma salieron de su pluma, dos firmados como Walt G. Dovan y los dos restantes como Peter Kapra y Eric Börgens respectivamente, y también hubiera sido suya, de haber sido publicada, una quinta novela que quedó inédita y que fue anunciada bajo el seudónimo de Eric Börgens.

La muerte en 1993 de Pedro Guirao coincidiría con la desaparición definitiva del género que él tanto contribuyera a mantener, lo cual no deja de ser una significativa coincidencia.

Notas

[1] El «parsec» equivale a 3’26 años luz, o bien a la paralaje de 1”, que es la distancia en que se halla una estrella desde la que se vea el semieje mayor de la órbita terrestre bajo un ángulo de 1” (un segundo). (N. del A.). < <